PAULA MONTI.

Go

PAULA MONTI.

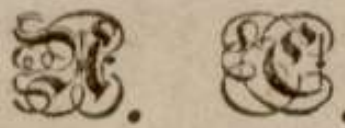
NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

EUGENIO SUE.

Traducida al castellano

POR



TOMO III

SEVILLA.—1852
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

XXX

Relacion.

CONTINUACION.

Era una especie de terrado muy elevado, rodeado de una débil barandilla de hierro, sobre la cual me apoyaba ordinariamente para contemplar á lo lejos los tristes horizontes que ofrece una ciudad durante la noche. Pasaba yo algunas veces allí largas horas sumergido en profunda meditacion. Una noche, la Providencia quiso que en lugar de apoyarme y de in-

clinarme como de costumbre sobre el balaustre... pusiese en él la mano... y apenas le hube tocado, cuando con grande espanto mio, cedió y cayó con horrible estrépito...

—¡Cielos! esclamó Berta.

—La altura era tan prodigiosa, que la barandilla, al caer sobre el empedrado se hizo quinientos añicos.

—¡Qué atroz combinacion! dijo Pedro Raimond, levantando las manos al cielo.

—Mi muerte era inevitable si me hubiese apoyado en la barandilla. ¿A quién podia yo acusar sino á Paula? Nadie tenia interés en mi muerte. Ignorando que una bancarrota me habia privado de cuasi toda mi fortuna, se acordaba sin duda de que en tiempos mas felices le habia hecho donacion de todos mis bienes. Jamás, mientras duró mi amor, me habia ocurrido esta idea... Siempre me ha sido imposible sospechar de infamia á las personas que amo... Hubiera podido en rigor creer á mi muger capaz de ceder á un movimiento de odio insensato, pero no de obrar movida por un cálculo tan vil y tan odioso. Sin

embargo, una vez apagado mi amor en presencia de este nuevo lazo, tan pérfidamente tendido, no retrocedí ante ninguna suposicion.

Unicamente para evitar tristes escándalos, me contenté con declarar á Paula que abandonaria al instante la ciudad en que habitábamos, que no la volveria á ver jamás y que era bastante indulgente, ó mas bien bastante débil, para abandonarla á sus solos remordimientos... Qué mas os diré? ¿Para qué indignaros, hablandoos de la audacia con que esta muger arrostró mis acusaciones, de la horrible hipocresía con que afectó atribuirlos á la pérdida de mi razon? Tanto cinismo é impudencia me indignó... Nos separamos... Desde aquel momento mi vida fué bien triste mas al menos me ví libre de un horrible temor.

Algun tiempo despues, os encontré, añadió Monsieur de Hansfeld, ofreciendo la mano á Pedro Raimond. Hace un momento hablábais de feliz estrella: teniais razon, la mia os ha puesto sobre mi camino... Antes de haber tenido la dicha de salvaros la vida, estaba solo, abatido y bajo la influen-

cia de bien amargos recuerdos. Todo ha cambiado para mí, he encontrado en vos un amigo; mis penas acabaron, y si yo pudiera contar con la duracion de nuestras relaciones, en mi vida hubiera sido mas feliz.

—Y por qué, amigo mio, os faltarán jamás? El encanto de la amistad de los hombres de bien, consiste en su seguridad: ¿quién podria alterar la nuestra? ¿No se halla fundada sobre servicios prestados sobre servicios recíprocos? ¿No es igualmente cara á mi hija, á vos y á mí?..... Y luego en fin los tristes motivos que nos hacen hallar en esta intimidad tan dulce una especie de refugio contra crueles pensamientos, estos motivos existirán siempre. Para vos, son los crímenes de vuestra muger: para Berta la cruel conducta de su marido: para mi el sentimiento de las penas de mi hija...

—Teneis razon, no tenemos derecho para dudar del porvenir.

—¡Dios mio! cuánto habeis debido sufrir, Mr. Arnold! dijo tristemente Berta.

—Si habeis mostrado alguna debilidad,

dijo Pedro Raimond, vuestra conducta de mansedumbre ha sido admirable. Es propode una alma llena de delicadeza y de elevacion el imponerse las crueles torturas de la duda antes que aventurar una recriminacion... terrible... bien terrible... si contra toda probabilidad vuestra muger hubiera sido inocente... Esta larga relacion de vuestros infortunios me da nuevas pruebas de la bonda de vuestro corazon,

—Sois demasiado indulgente, amigo mio...

—Soy justo... y tan poco lisongero como Miguel Angel... ¿No es verdad? esclamó el anciano riéndose.

—Llegó la hora de mis lecciones. Dijo Berta. Esta triste confidencia se acaba á tiempo. Estoy toda entristecida. ¡Ah, Mr. Arnold, qué sufrimientos....! ¡cuanta felicidad os es necesaria para olvidarlos...!

En este momento dos educandas de Berta llegaron é interrumpieron la conversacion.

Mr. de Hansfeld se separó de Pedro Raimond y de su hija un poco aliviado por la confesion que acababa de hacerles, pero

sentia aun el incógnito que guardaba con ellas,

Deseando ante todas cosas alejar á su muger, que queria ver partir al otro dia, Mr. de Hansfeld volvió al Hotel Lambert.

XXXI.

Amenazas.

La señora de Hansfeld se hallaba en una cruel perplegidad: su marido exigió que partiese al dia siguiente para Alemania; le era preciso renunciar á Mr. de Morville, necesariamente retenido en Paris por la delicada salud de su madre.

El desvio de Paula por el príncipe se cambiaba en aversion, en ódio profundo.

Creia este sentimiento cuasi escusado por la estravagancia y la dureza de su marido. El último golpe, sobre todo, era terrible; la obligaba á salir de Paris en el mismo momento en que su pasion por Mr. de Morville, tanto tiempo oculta, tanto tiempo combatida, iba á ser tan feliz como podia serlo.

Iris instruyendo á su señora de las visitas que el príncipe hacia á Pedro Raimond bajo un nombre supuesto, para ver á la señora de Brevannes, habia escitado la cólera de Paula contra Berta: era sin duda para guardar mejor un incógnito que favoreciese su amor, por lo que el príncipe exigia la partida de la señora de Hansfeld.

Despues de maduras reflexiones, Paula creyó entrever alguna probabilidad de evitar aquel viage fatal, en la pasion misma del príncipe por la señora de Brevannes.

A pesar de la órden del príncipe, la señora de Hansfeld no hizo ningun preparativo ni anunció su viage á nadie, esperando que acaso su marido renunciaria á su

primera determinacion. En cuanto á sus amenazas de publicar sus crímenes y de abandonarla á la justicia de los hombres, Paula no vió en ellas mas que una nueva aberracion del espíritu de Arnold.

Hasta entonces, los diferentes accesos de lo que ella llamaba la locura de Mr. de Hansfeld, le habian cuasi inspirado tanta conmiseracion como terror: pero en su última conversacion, el príncipe se mostró tan duro, tan injusto, se vió ella tan cruelmente sacrificada al afecto que aquel sentia por Berta, que herida en lo mas precioso que hubiera para ella en el mundo... su amor por Mr. de Morville, Paula envolvió en un mismo ódio á su marido y á la señora de Brevannes.

Tales eran las reflexiones de la señora de Hansfeld cuando el príncipe entró en su habitacion. Acababa este de salir de casa de Pedro Raimond; su aire era aun mas firme, mas imperioso que la víspera.

—Me parece, señora, que no os dais pries a en hacer vuestros preparativos de viaje le dijo secamente. Por otra parte,

como no vereis y no recibireis á nadie en el castillo de Hansfeld, adonde os envio, no teneis necesidad de grande aparato de lujo... Podeis llevaros vuestros diamantes... Os los abandono... Frantz, que está encargado de conduciros á Alemania, es incorruptible... Si hubiera podido titubear en dejaros esas joyas, solo hubiera sido por temor de que ganareis vuestro guia...

La señora de Hansfeld interrumpió á su marido:

—Os doy gracias, caballero, de que me proporcioneis la ocasion de volveros estas joyas.

Y levantándose fue á tomar en un escritorio un cofrecito que dió al príncipe.

—En otro tiempo, acepté estos presentes... que hace mucho debia haberos devuelto.

—Sea, dijo el príncipe tomándolos con indiferencia. La mas viva ternura, la mas sincera afeccion, no han podido desarmaros..; mi generosidad debia tambien ser ineficaz. Verdad es, añadió con una sonrisa de desprecio indecible, que habia por contrato dispuesto en vuestro favor de la mayor par-

te de mi fortuna... y que despues de mi muerte heredariais de todo, de las joyas como de lo demas...

—Caballero...

—Unicamente como me ha parecido que os apresurábais demasiado en querer gozar de estas ventajas, he hallado medio de desnaturalizar una parte de mis bienes, de neutralizar las donaciones de otro tiempo... Os digo esto, para convenceros de que si muriera mañana, vuestras interesadas esperanzas serian frustradas. Debiera haberos prevenido antes... á fin de evitaros... algunas acciones un poco «arriesgadas,» que vuestro vivo deseo de quedar viuda esplica, mas no justifica añadió Mr. de Hansfeld con sangrienta ironía.

Estas crueles palabras hicieron una estraña impresion en la señora de Hansfeld.

Perfectamente indiferente á los cargos que encerraban y que no comprendia, pues no los merecia en nada, solo fué herida por su injusticia y por su crueldad.

Si Mr. de Hansfeld hubiera entonces caido muerto á sus pies, hubiera estado

lejos de compadecerlo, pues en aquel mismo momento se acordó de que Mr. de Morville le habia escrito: «Mi amor será siempre desgraciado, puesto que no puedo pretender vuestra mano.»

La princesa tuvo, sin embargo, bien pronto vergüenza y horror de su pensamiento, ó mas bien de su bárbaro voto, y respondió friamente á su marido:

—No quiero comprender el sentido de vuestras palabras, caballero; es ridículo á fuerza de ser odioso. En cuanto á la cuestion de interés, ya lo sabeis: si me donásteis tan magníficamente fué á pesar mio; encuentro muy natural que retracteis estas disposiciones.

—Tanta hipócresia en las palabras, tanta audacia en las mas criminales acciones... dijo el príncipe á media voz y como si se hablase á sí mismo; hé ahí lo que confundia mi razon y me hacia siempre dudar de los crímenes de esta muger. Felizmente à estas horas cayó enteramente el velo, pues mi fatal amor ya no existe.

Y añadió dirigiéndose á Paula:

—He venido aqui, señora, para mandaros apresurar vuestros preparativos de viage. Es preciso que mañana á la noche hayais dejado á Paris.

—Caballero... no dejaré á Paris...

—¿Preferis entonces que hable, señora?

Varias veces me habeis hecho esa amenaza, caballero... Por el amor del cielo hablad pues... Sabré, por fin, los cargos que tengais de hacerme.

—Confiais demasiado en el respeto que tengo á mi nombre y en el temor que debe inspirarme un terrible escándalo, Mas no abuseis... no apureis mi paciencia. Creedme: partid... partid.

—Francamente, caballero, no soy vuestro juguete... quereis asustarme... obligarme á dejar á París... ¿y para qué? para hacer creer tambien en vuestra partida y conservar así mas fácilmente vuestro incógnito...

—¿Qué decis, señora?

—Y continuar, gracias á este incógnito, siendo favorablemente acogido por Pedro Raimond, padre de la señora de Bre-

vannes...

—Señora, cuidado...

—De la señora de Brevannes, de quien estais enamorado... y á quien veis á menudo en casa de su padre.

A estas palabras el príncipe quedó herido de estupor. Su pálido rostro se puso encendido. Despues de un momento de silencio esclamo:

—Ni una palabra mas, señora... ni una palabra mas.

—Amais á esa muger, añadió la señora de Hansfeld.

—Ni una palabra mas, os digo señora.

—¿De ese modo os da ya citas en casa de su padre. Muy adelantado me parece eso, añadiò la señora de Hansfeld con desprecio.

—¡Sois indigna de pronunciar solamente el nombre de ese angel!... esclamó el príncipe.

—¡De veras! ¡Y bien! quisiera saber lo que piensa el marido de ese «angel» de vuestras entrevistas con su muger.

—¿Osaríais?...

—Y sobre todo cuando sepa que os introducís en casa de Pedro Raimond bajo un nombre supuesto.

—¡Mas habeis pensado ponerme fuera de mí esclamó el príncipe con furor. Hablais de locura... Pero quién es mas loco que vos, desgraciada muger, jugando como lo haceis con vuestro destino?

—El porvenir demostrará quien de los dos es insensato, caballero. Hace ya mucho tiempo que me habeis acostumbrado á los desvarios de vuestra razon... No sé si aun en este momento estais en vuestro juicio. En todo caso no olvideis lo que voy á deciros. Os declaro que si os obstinais en querer hacerme salir de Paris, lo hago saber todo á Mr. de Brevannes.

—Silencio, señora... silencio.

—Sea, me callaré...; mas ya sabeis bajo qué condiciones.

—Condiciones á mi..... ¿os atreveis á imponermelas...?

—Me atrevo. Pero quiero creer que es efecto de vuestra monomanía el dirigirme incompresibles cargos. Sois ordinariamente un hombre de buen sentido... Tenemos

motivos para ser mútuamente condescendientes sobre ciertas materias.... Vuestra razon no se halla completamente sana, y podria ponerme bajo la proteccion de las leyes. Pero me repugna llamar la atencion pública por un pleito contra vos, y el esponer á la malignidad de los curiosos los secretos de nuestro interior..... Debeis temer por vuestra parte que Mr. de Brevannes llegue á saber que os ocupais de su muger... Quedamos en los términos en que estamos... No tengo ninguna pretension á vuestro corazon, el mio no os ha pertenecido jamás; obrad, pues libremente... Y aun si os es necesario fingir una ausencia, me prestaré á esa supercheria, y propalaré que habeis hecho un viage. Todo lo que os pido, en recompensa, caballero, es que me permitais permanecer aqui algun tiempo... Mis pretensiones, creo, no son exorbitantes.

Mr. de Hansfeld permanecia estupefacto en presencia de la impertubable sangre fria de Paula. Desgraciadamente para él la princesa poseia un secreto que temblaba divulgar. Esta consideracion, mas que el

temor de los escándalos de un pleito, bastaba para ponerle hasta cierto punto en la dependencia de su muger.

Imposible fuera pintar su sentimiento al saber que la princesa estaba instruida de sus visitas á Pedro Raimond y del motivo que le conducia á casa del grabador. La reputacion de Berta estaba por decirlo asi á la disposicion de una muger, por quien el príncipe sentia tanto desprecio como horror.

Sin duda la conducta de la señora de Brevannes era irreprensible; mas la menor sospecha, el simple descubrimiento del verdadero nombre del príncipe, bastaba á escitar la desconfianza de Pedro Raimond, é impedirle el recibir en adelante á Arnold Scheneider .. Con una palabra podria la princesa levantar estas tempestades.

Júzguese de la cólera del príncipe, al ver que se hallaba cuasi bajo la dominacion de Paula.

Esta triunfaba. Sintió la fuerza de su posicion. Ganar tiempo, permanecer en Paris, ver algunas veces á Mr. de Morville, escribirle á menudo, despues de haberle confesado que no se habia engañado sobre el

autor de la misteriosa correspondencia, de que hemos hablado, tal era el voto mas ardiente de la princesa, y gracias al secreto que poseia podia realizar este voto.

Aprovechándose de la especie de abatimiento de su marido, añadió:

—Es cosa convenida, caballero, os llevais esas joyas. Renuncio á las ventajas que me hicisteis. Mi único anhelo es vivir tan lejos, tan separado de vos como me sea posible... aun mas si puede ser; que en lo pasado. Mi silencio es á ese precio... Ya lo veis, caballero, entrásteis aquí con la amenaza en los lábios... los papeles han cambiado.

—¡No! esclamó el príncipe en un acceso de violenta indignacion, la muger que por tres veces ha atentado á mis dias, no osará tener un lenguaje semejante... y amenazarme.... á mí.... á mi.... cuya clemencia fué tan loca... á mi que por un resto de estúpida consideracion, he retrocedido siempre ante esta terrible acusacion que podia ponerla al pié del cadalso.

La señora de Hansfeld miró á su marido con estupor.

—¡Cuidado, caballero! ¡vuestra razon se estravia!...

—Os digo, señora, que por tres veces habeis querido asesinarme!

—¿Yo?

—Vos, señora... ¿Y el pabellon de Tríeste?... ¿y la posada desierta del camino de Gènova?... ¿Y la última tentativa que se ha cometido hace dos dias contra mi vida?....

—¿Yo, yo?... ¿Pero es posible que digais eso sériamente, caballero? dijo Paula, ¿con qué objeto habria yo cometido un crímen tan negro? Eso es horroroso y nada en mi conducta ha podido autorizar tan terribles sospechas...

—¿Sospechas?.... señora, decid certidumbres.

—¿Y sobre qué hechos? ¿Sobre què pruebas las fundais? Pero hago mal en discutir con vos. En verdad, es una locura.

—Os atreveis á hablar de mi locura...; mas esta locura era clemencia, señora.... Yo no podia aislarme en mi desconfianza, rodearme de precauciones, sin esplicar su causa, y esta causa os hubiese perdido.

La señora de Hansfeld miraba á su marido con creciente sorpresa; no podia creer en lo que oia.

—Ahora, caballero, dijo ella reuniendo sus recuerdos, todas vuestras estravagancias, todas vuestras reticencias se esplican... Esta odiosa acusacion tiene al menos el mérito de ser precisa...; mi justificacion será tanto mas dificil.

—Pretendeis...

—Justificarme. Si, y exijo que me escucheis.

—Tanta audacia me confunde. En otro tiempo pensé ser vuestro juguete.... pero ahora...

—Ahora, caballero, vais á decirme en qué se funda vuestra acusacion, cuales son vuestras pruebas? Las disiparé una por una; no hay mejor lógica que la de la verdad.

Mr. de Hansfeld confundido por tanta confianza, miraba á su vez á su muger con profunda sorpresa. Estaba tan sosegada, parecia ir de tan buena fé al encuentro de esplicaciones terribles para una conciencia criminal, que sus dudas volvieron á ser nueva confusion.

—¡Cómo señora! esclamó, ¿negariais que en Trieste una tarde, despues de una triste discusion, quisisteis deshaceros de mi echando en una taza de leche que se me habia preparado, un veneno tan violento que un perrito que yo amaba mucho murió un momento despues de haberla bebido?

—Yo... yo.... veneno! Esclamó ella juntando las manos con horror. Mas ¿quién ha podido ¡gran Dios! inspiraros semejantes sospechas? ¿En qué las he merecido? ¿Cómo, desde aquella época, me creeis capaz de tan horroroso crimen?

—Y ese crímen no es el solo, señora.

—Si los otros no os estan mas probados que ese, caballero, Dios os pedirá cuenta de tan terribles acusaciones,

Despues de un silencio y una reflexion de algunos momentos Paula añadió:

—Sí, si, ahora me acuerdo de la circunstancia á la cual aludis y tambien de otra que me disculpa enteramente y de que podrá informaros Frantz, en quien teneis toda confianza. Me acuerdo perfectamente que cuando despues de nuestra discusion

salisteis del pabellon, no nos habian aun servido el té.

—Es verdad, y al volver yo al Kiosko, fué cuando encontré la taza que me habiais sin duda preparado durante mi ausencia.

—Os engañais; felizmente tengo presentes los menores detalles de aquella tarde. Yo dejé el pabellon un instante despues que vos; en el momento en que iba á bajar, Frantz traia el té, lo puso delante de mí sobre la mesa y me acompañó hasta nuestra casa donde lo tuve ocupado una parte de la tarde. Interrogadle al instante, y muera yo al momento si desmiente una sola de mis palabras.

—Pero ¿quién pudo echar aquel veneno en mi taza?

—Yo pretendo disculparme, mas no esplicar este horrible misterio.

—Estariais sin duda disculpada si Frantz confirmase vuestras palabras. Mas ¿y el asesinato de la posada del camino de Génova?

—Despues de vuestra primera sospecha, dijo Paula sonriendo con amargura,

esta no me sorprende. Sin embargo, hubiérais debido acordaros de que dormia profundamente, y que os costó mucho trabajo el arrancarme el sueño. En cuanto á los cuidados que os prodigué despues de aquel funesto acontecimiento, no creo que los sospecheis!

—Pero aquel puñal que os pertenecia y y que sirvió para el crímen...

—Yo no esplico mejor que vos tan estraño incidente... Aquella arma bastante preciosa, y hasta entonces muy inofensiva, me servia para cortar el papel y la llevaba habitualmente en mi neceser de escribir... Mas ahora que me acuerdo; esta vez puede tambien Frantz atestiguar en mi favor. El guardaba las llaves de los cofres de nuestro carruage: él mismo habia encerrado mi neceser que no abrió hasta Génova. Al salir de Trieste él lo arregló con Iris. Preguntadle si la daga se hallaba encerrada en él... Estoy segura que os lo afirmará. Durante este viage, no me separé un momento de vos, y Frantz ha tenido siempre las llaves del carruage. ¿Cómo habria yo tomado la daga?

Lo que decia la señora de Hansfeld parecia perfectamente verosimil. El príncipe creyó oir de nuevo aquella voz secreta que le repitiera á menudo: «Paula no era culpable,»

El príncipe sintió disiparse sus sospechas casi enteramente. Aun cuando ya no amaba á Paula tenia un carácter tan generoso que sentia amargamente haber acusado á la señora de Hansfeld, y ya se imponia la obligacion (si se justificaba enteramente) de hacerle una completa y solemne reparacion.

—Teneis, caballero segun creo, dijo ella, una última acusacion que hacerme?... Tened la bondad de esplicaros. . Terminemos, os ruego, una conversacion, que como debeis suponer, me es bien dolorosa.

—Antes de ayer, señora, la barandilla de hierro que rodea lá azotea del palacio, fué aserrada al nivel de las losas, nada la sostenia. En lugar de apoyarme como de costumbre, puse encima maquinalmente la mano... y el balaustre cayó.

—Qué horror, esclamó Paula, y habeis creido?... Mas por qué no?... Este crímen

no era mas horrible que los otros... y esta vez me costará mas trabajo el discurparme... Todo lo que puedo deciros... es que antes de ayer salí á las once de la mañana para ir á desayunarme en casa de la señora de Lormoy; volví á las cuatro y nuestras gentes han podido ver que desde aquel momento hasta que salí para ir á la Opera... no me moví de mi aposento... Me hubiera sido preciso atravesar el patio para ir á vuestra galeria que sola comunica con la escalera de la azotea, y nadie entra en vuestra habitacion, escepto Frantz... Interrogadlo... acaso por él sabreis algo mas. En cuanto á mi no tengo nada mas que deciros sobre este particular.

Despues de algunos momentos de silencio, Mr. de Hansfeld se levantó y dijo á su muger:

—Lo que me acabais de decir, señora, cambia todas mis resoluciones. La partida que exigia ya no la exijo. Cuando haya hablado con Frantz, os volveré á ver.

Y el príncipe salió de la habitacion de su muger con aire profundamente abatido.

XXXII.

Reflexiones.

Toda entera á la sorpresa y al terror que le causaban las acusaciones de su marido, la señora de Hansfeld solo habia pensado en disculparse, mas desaparecido el príncipe, pudo reflexionar mas profundamente.

En un principio sintió aumentarse su indignacion contra un hombre que osaba creerla capaz de tan negros crímenes. Luego esperimentó por él una especie de reconocimiento, pensando que menos reservado,

menos generoso, hubiera podido hablar en alta voz de sus sospechas, á las cuales la casualidad daba tal carácter de verdad.

Por una estraña coincidencia, Paula se acordó al mismo tiempo de aquellas palabras de Mr. de Morville: «Mi amor no podrá ser feliz, mientras no pueda obtener vuestra mano».

Entre estas palabras y las acusaciones de su marido, la señora de Hansfeld vió una coincidencia esraordinaria, fatal, que la sorprendió.

Admitiendo que las misteriosas y homicidas tentativas á que el príncipe se habia visto espuesto hubiesen tenido éxito, ella se hubiera hallado libre... hubiera podido casarse con el que idolatraba y hacerlo el mas feliz de los hombres.

Nada hubo en un principio de criminal en los pensamientos de Paula.

¡Cuántas veces los corazones mas puros, los carácteres mas elevados, se han dejado pasageramente arrastrar, no formar votos, sino simples suposiciones que, realizadas, hubieran sido grandes crímenes!

¡Cuántas mugeres, piadosamente resignadas, sufriendo con angelical dulzura los malos tratamientos de un marido brutal y malvado, han dicho: ¡ay! ¡por qué no me casé con un hombre generoso y bueno!

Nada hay de homicida en esta suposicion, ni aun espresa la esperanza de ver el término á las torturas que sufre, y sin embargo, esta suposicion encierra el germen de un voto homicida... Es el instinto de la conservacion, quien le despierta buscando vagamente los medios de huir el dolor.

¡Cuántos seres dolientes se detienen á esta esclamacion, y su vida no es mas que un prolongado gemido!

—Otros, heridos mas en lo vivo ó menos resignados, esclaman: ¡Oh! si me viera libre de mi verdugo... Otros en fin, ¿por qué la muerte no me libra de él?

Si se siguen atentamente las consecuencias, la lógica de estas quejas, de estas esperanzas, de estos votos, se llegará siempre á un resultado «venialmente» homicida.

Es siempre mas ó menos la terible y fatal necesidad que condujo á Macheth de

crímen en crímen.

¡Cuántos hombres de bien se han estremecido, horririzados del número de crímenes «platónicos» qne se vieron luego arrastrados á cometer por un primer pensamiento justo en apariencia?

En cuanto á Paula, una de las ideas que resultaron de su conversacion con Mr. de Hansfeld, fué esta:

—Mi marido, á quien yo no amo; mi marido con quien me he casado por ceder á enfadosos ruegos; mi marido que tiene de mi una opinion tan infame que me ha creido capaz de atentar por tres veces contra su vida... hubiera podido morir... y su muerte me permitia recompensar el amor mas apasionado.

En vano Paula que presentia la funesta atraccion de esta idea, queria huirla... Volvia á ella sin cesar, y sin notarlo, asi como se vuelve y sin cesar y á pesar suyo al centro de un laberinto donde uno se perdió.

Lo repetimos, no hay cosa mas terrible que la pendiente de ciertas reflexionas donde forzosamente se resbala.

A aquella idea sucedió esta:

La persona que atenta con tanto encarnizamiento á los dias del príncipe debe vivir en nuestro interior... ¿Por qué motivo quiere su muerte?

Despues de algunos momentos de meditacion Paula, herida de una luz repentina, se acordó de ciertas palabras misteriosas de Iris. El cariño ciego, cuasi salvage de aquella jóven. El ódio que habia mostrado algunas veces contra el príncipe, cuando Paula le decia su sentimiento de haberse casado con aquel hombre caprichoso y fantástico... Cuanto mas pensaba en ello mas de cerca creia seguir las huellas del verdadero autor de tanto crimen... Su primer movimiento fué bueno... Aterrada por la obstinacion feroz con que Iris perseguia su trama homicida, temiendo que no se detuviese allí, quiso interrogarla y confundirla.

Una hora despues de la salida del príncipe, Iris llamada por su ama entró en su aposento.

XXXII.

Interrogatorio.

La señora de Hansfeld no sabia de qué modo empezar la conversacion y llegar al conocimiento de la verdad. Temia que hablándole con rigor, Iris asustada se obstinase en una denegacion absoluta. Creyó haber hallado el medio de evitar este escollo.

—Mr. de Hansfeld sale de aquí, dijo tristemente á Iris. Ya sé, en fin, la causa de todas las estravagancias que me habian hecho creer en su locura.

—¿Y cuál es ese motivo, madrina?

—Tres veces se ha atentado á sus dias.

—Es un sueño... como tantos otros sueños...

—Tres veces, te digo, se ha atentado á sus dias..... Tiene las pruebas de ello...

—¿Entonces conoce al culpable?

—Cree conocerlo.

—¿Y el culpable, madrina?

—Soy yo...

—¿Vos?...

—Asi lo cree...

—¿Y os ha amenazado?

—Si.

—¿Y con qué?

—Con la justicia... con los tribunales.

—Vos sois inocente, ¿qué os importa?

—¿Y el escándalo de semejante proceso?... ¿Y la vergüenza de ser sospechada?

—Yo podré seguiros al menos... vuestra pobre Iris no os abandonará..., pues en tan gran desgracia su cariño os será necesario.

Aquella franca ingenuidad hizo estremecer á Paula. Empezó á entrever una parte de la verdad. Redobló, pues, de prudencia, de reserva, y le dijo dándole la mano:

—Sin duda, en tal estremo, tus cuidados me serian bien dulces; pero por tu interés los rehusaria...

—¡Madrina!...

—Nada en el mundo me los haria aceptar.

—¿Por mi interés los rehusaríais?

—Sí, Mariana ó otra cualquiera de mis doncellas me acompañaria.

—¿Pero yo?...

—Rogaria al príncipe que te mandase á Alemania antes del proceso... y no me lo rehusaria.

—Madrina, no os comprendo. ¿Por qué me alejariais de vos cuando todo el mundo os abandonaria sin duda?

—Porque el cariño que me tienes es conocido de todos. Porque este mismo cariño podria hacerte parecer cómplice de crímenes de que soy sin embargo inocente.

—Pero yo... yo quiero quedarme con vos. Tanto mejor si me creen vuestra cómplice.

—Mas yo, Iris, exigiré tu partida ... A todas las penas que me afligen, á todas las que van á afligirme aun, no quiero añadir la de hacerte desgraciada.

Iris reflexionó un momento. Su ama la examinaba con atencion, la jóven replicó friamente:

—Puesto que el príncipe os acusa, madrina, voy á decirle que soy vuestra cómplice... De este modo no me separaré de vos.

Paula tembló: Iris era capaz de todo.

—Pero ¡desgraciada! confesarte cómplice es decir que soy culpable... es acusarme... ¡Es, acaso, conducirme al cadalso!

—Y bien! subiré con vos al cadalso!

- Qué dices? esclamó la princesa aterrada por la mirada triunfante de Iris y por la infernal resolucion de su fisonomía.

—Digo, replicó la bohema con salvage exaltacion. Digo que la parte que tengo en

vuestra vida, madrina, es miserable. Digo que mi voto mas ardiente es veros en una posicion tal, que mi rendimiento por vos fuera vuestra suprema felicidad, vuestra única dicha, vuestra única consolacion. Digo que querria tanto veros muerta como indiferente á lo que siento por vos... á quien amo como á mi madre, como á mi hermana, como á mi Dios. Digo que los que habeis amado, es decir, Rafael y Morville no han hecho por vos la milésima parte de lo que he hecho yo misma, y han ocupado y ocupan vuestra vida, vuestro pensamiento todo entero, mientras que yo no soy nada para vos... Esto es injusto, madrina.... bien injusto.

—¿Osais hablar asi vos á quien he escogido y colmado de mis dones?... ¿Y qué habeis hecho para reconocer mis bondades?

—¿Me preguntais lo que he hecho, madrina? Bien, os lo diré; pues es preciso que nuestro destino se cumpla. ¿Quereis saber lo que he hecho? He hecho matar á Rafael por Mr. Cárlos de Brevannes, en primer lugar...

—Tú.... tú.... Dios mio! Me horrorizas!

—Sí, yo... No sabiais vos lo que era Rafael... Veinte veces, viendo vuestras lágrimas, vuestro dolor, he estado al punto de deciros: «Nada teneis que llorar... Rafael era indigno de vos...» Pero no queria hablar... Luego os diré por qué.

—Desgraciada, esplícate!. . ¿Qué quieres decír? Todo esto, Dios mio, no es mas bien un sangriento sueño?

—No, no, Iris no sueña cuando se trata de vos. Escuchadme pues. Cuando os fuisteis á Florencia me dejásteis en Venecia; esto me causó una pena horrible que ni siquiera notásteis, ó por lo menos mi dolor os fué indiferente... Mi deseo de acompañaros os pareció importuno... Mas valia dejarme perecer en la calle que hecer nacer en mí un remordimiento cuyas pruebas debian seros pesada.

—Pero esta desgraciada está loca... ¡Y què hacia eso á Rafael?

—Me dejásteis en Venecia; ya os lo he dicho, esto me causó un vivo dolor. No puede resignarme á permanecer en la ignoran-

cia de vuestra vida y á recibir solo de tiempo en tiempo una fria carta de vos. A fuerza de ruegos logré obtener de Inés, vuestra camarista, que me tuviese al corriente en vuestras acciones. No sabeis la perseverancia, las promesas las seducciones que me fueron necesarias para interesar en favor de mi deseo á vuestra indiferente doncella y hacer que me escribiese casi todos las dias. .. Por esto juzgad lo que es mi cariño por vos.

—No sé si es preciso execrarla, compadecerla ó admirarla, dijo Paula.

—Acaso merezco á la vez la compasion, el ódio y la admiracion, replicó Iris. Mas escuchad aun... Por Inés supe que Cárlos de Brevannes os perseguia con sus obsequios, que la voz pública os acusaba de amarle, mas que era falso. Vos solo pensábais en Rafael; despues hablábais á cada momento con vuestra tia en presencia de Inés... Mientras que os engañaba.... él.... traidor.

—Rafael... ¡oh! mientes... mientes...

—Os engañaba, os digo, y tendreis la prueba de ello. Habia venido á Venecia pa-

ra retirar su palabra. Estaba desposado con una jóven griega de Zante... llamada Cora... Os lo probaré... Conocia vuestra confianza en mí, me atribuia sobre vos una influencia que no tenia... A mí, pues, fué á quien primero confió su traicion, suplicándome que os instruyera de ella con todos los miramientos posibles... Dado por mí... aquel golpe debia parecer menos cruel.

—Pero ¿y su desafio con Brevannes?

—Ya llego. . dejadme continuar. Al oir las viles y perjuras palabras de Rafael, me sentí á la vez gozosa é indignada,

– ¿Gozosa?

—Si, pues aborrezco cuasi tanto á los que os aman como á los que os son enemigos.

—Esta insensata... es un demonio, ¡Dios mio¡ ¡Ah! ¡maldito el dia en que puse los ojos en tí!...

—Maldito ese dia, para las dos acaso. Decia que al saber la traicion de Rafael, me sentí gozosa é indignada. Para vengaros, al instante, allí... ante mis ojos dije á Rafael que haria mal en guardar tantos mi-

ramientos; que ya hacia mucho tiempo que le habiais imitado, si no anticipado, en su indiferencia, pues desde vuestra llegada á Florencia erais la querida de un francés, de Cárlos de Brevannes.

—Pero Inés te habia escrito lo contrario.

—Mas tambien me habia escrito que las apariencias os condenaban, y que la voz pública os acusaba .. Solo queria dar un golpe doloroso al amor propio de Rafael. Mi esperanza fué sobrepujada... El orgullo de los hombres es tan feroz, que aquel traidor que os habia sacrificado, se puso frenético al creerse á su vez engañado. Irritó mas y mas su cólera. La vanidad ofendida hizo lo que no pudo hacer el amor... Rafael partió furioso con Osorio á fin de vengarse de vuestro pretendido perjurio. Si... aquel hombre que un momento antes olvidaba sin remordimientos sus mas santas promesas, porque se creia perdidamente amado de vos, sintió una loca pasion cuando se vió desdeñado. Vos sabeis lo demas.., y cómo su error fué aun aumentado por la fatuidad de Brevannes... que lo mató des-

pues de haberlo convencido de vuestra infidelidad.

—Eso es imposible, Dios mio!

—Las pruebas de la traicion de Rafael, os las daré.,. os digo... Consisten en una carta para vos que me trajo en Venecia, y por la cual os prevenia de su casamiento con aquella griega... Despues de su duelo Osorio me escribió para rogarme que no os diese la carta de Rafael, queriendo vengar á su amigo, haciendoos creer que vos fuisteis la sola culpable, y que Rafael os habia siempre amado, como os lo escribia en su último billete.

—¿Pero por qué me has dejado en mis remordimientos?... ¿Porqué viéndome tanto tiempo fiel al recuerdo de un hombre que me habia engañado... no me deciais que era indigno de mi?

—¿Por qué?

—Si.

—Porque mas queria veros enamorada de un muerto que de un vivo.

—Y cuando te decia mis escrúpulos en amar á Mr. de Morville y ser así infiel á la memoria de Rafael ¿porqué con una pa-

labra no desvaneciste estos escrùpulos?

—Os lo repito... Porque mas queria veros enamorada de un muerto que de un vivo... Y luego esperaba que el recuerdo de Rafael seria mas fuerte que vuestro amor por Mr. de Morville.

—Conque aborreces tambien á Mr. de Morville. Dijo la princesa retrocediendo, horrorizada de lo que el genio infernal de aquella muger era capaz de imaginar y ejecutar.

Antes de responder Iris permaneció algunos momentos silenciosa, y luego replicó con tono sombrio:

—Ya os lo he dicho... Los que os aman y que amais los aborrezco casi tanto como á vuestros enemigos. Tales son mis sentimientos... Tales son mis impresiones.

—Conque asi Mr. de Morville.

—Mas si soy selosa de vuestro afecto, replicó Iris interrumpiendo á su ama, si sufro... oh! bien cruelmente, de veros prodigar tesoros de cariño á seres que no os aman como yo.., no por eso llevo el egoismo hasta quereros privar de una felicidad,

por la sola razon que esta felicidad causa mi desesperacion. No, no, algunas veces, en mis malos dias, tengo esas ideas; mas las desechos.

—Conque replicó la señora de Hansfeld con amargura ¿me prometeis amar á Mr. de Morville?

—Haré mas dijo la bohema, fijando sobre la princesa, su penetrante mirada.

Sin poderse esplicar lo que esperimentaba, ni la significacion de aquella mirada, la señora de Hansfeld bajó la cabeza y se sonrojó.

Iris añadió con tono mas humilde:

—Ahora que os he dicho, madrina, lo que concierne á Rafael... es preciso que os diga lo que concierne al príncipe...

—En fin. Va á confesarlo todo Dijo la princesa.

XXXIII.

Revelaciones:

Al cabo de algunos momentos de silencio, dijo Iris fijando su mirada escudriñadora sobre la señora de Hansfeld:

—No os casásteis con el príncipe sino á disgusto y por asegurar un porvenir á vuestra familia; varias veces me lo habeis dicho.

—Es verdad ..

—Me habeis dicho, ademas, que gracias á la generosidad de Mr. de Hansfeld, la mayor parte de sus bienes debian pertenecerос despues de su muerte..,

—¡Ah! Desdichada... me horrorizais... Conque esas reiteradas tentativas...

Sin responder á su ama Iris continuo:

—Poco tiempo despues de vuestro casamiento, vuestra tristeza redobló. Ya no dudé, y una tarde en Trieste, sin que nadie me viera.. en una taza de leche...

—¡Ah! Sois un mónstruo.

—Habia tomado mis precauciones... Si el crimen se hubiera descubierto, yo sola debia ser acusada, y por otra parte, yo me hubiera confesado culpable.

—¡Es horrible!.. ¡horrible!.. y no retrocedisteis ante la enormidad del crímen que ibais á cometer!

—Deseábais quedaros viuda...

—¿Os lo dige nunca? ¿Me lo dije yo nunca á mi misma siquiera?

—Sentiais haberos casado..., os volvia vuestra libertad...

—Pero no teneis, segun eso, ninguna nocion del bien ni del mal.

—El bien... es vuestra felicidad... El mal... es vuestra pena...

—¡Quién podria creer, Dios mio, en esta salvage y feroz exaltacion...! ¿cómo

vuestra mano no ha temblado? ¿Cómo habeis podido meditar semejante crímen? ¿Cómo, sobre todo, habeis podido reincidir?

—Despues de esta primera tentativa, estuvísteis aun mas triste que de costumbre. A menudo os quejásteis á mi de lo que os hacia sufrir la desigualdad del carácter del príncipe. ¡Cuántas veces en mi presencia maldigísteis el dia en que consentísteis en este casamiento!... Aun algunas veces deplorando vuestra triste existencia os deseábais la muerte... Entonces por segunda vez quise matarle. En la posada de sierta me introduje en su cuarto por el balcon entreabierto, y lo volví cuasi á cerrar al salir despues de haber errado el golpe.

—No, no. Yo no puedo creer en lo que oigo... Tan jóven... y semejante sangre fria... semejante endurecimiento...

—Si supiérais el dolor que me causan vuestros dolores... Si supiérais qué abrasadoras caen vuestras lágrimas sobre mi corazon, comprenderíais mi sangre fria, mi endurecimiento... como vos decís... Si...

supiérais hasta qué punto la vida me pesa desde que tengo la conviccion de ser tan poco para vos... comprenderíais que haya querido asegurar vuestra felicidad arriesgando una vida que me es indiferente. Si no he tentado mas á menudo es porque el príncipe se rodeaba de tales precauciones...

—Basta!... Basta!... Me causais horror... Y ahora? qué voy á hacer? Tengo la confesion de tu crimen...

—Poco me importa.

—¿Creeis que pueda conservaros ahora, á mi lado, á vos que por tres veces habíais querido darle muerte al hombre generoso y bueno que fingia locura por no acusarme?

—Ahora como siempre deseais la muerte de ese hombre generoso y bueno.

—Callad...

— Si muriera os casaríais con Mr. de Morville.

Paula quedó como aterrada por estas teribles palabras... y luego replicó con indignacion:

—¿Y quién os dá derecho para es-

cudriñar mis pensamientos? Y por qué la muerte de Mr. de Hansfeld me volveria la libertad, es esa una razon para que yo la desee?

—Sí... la deseais...

—¡Salid... idos!

—¡Oh, perdon, madrina! dijo Iris cayendo á los pies de Paula, y luego continuó con voz desgarradora: Soy bien culpable, soy bien criminal: conozco toda la estencion, todas las consecuencias de las acciones que he cometido; he obrado sin reflexion... Mas os lo repito, para mí el mal eran vuestras penas; el bien, vuestra felicidad... Poco me importa lo demas. ¿Por qué, pues, me despacharíais? ¿Es por mí acaso por quien he querido cometer los crímenes que os horrorizan? ¿No era, ademas de todo, á vos y siempre á vos á quien queria servir?

—¡Pero servirme por tales medios, era hacerme vuestra cómplice!

—¡Y bien! Me arrepiento... os pido perdon de rodillas... pero no me despacheis, seria eso querer mi muerte. Si... si me despachais; me mataré... Yame

«

conoceis... Ya sabeis si yo soy capaz de hacerlo... Amo la vida porque puedo seros útil aun...

—No, no, vete. ¿Quereis morir?..... ¡Pues bien, muger! Será un servicio prestado á la humanidad... y á mí. . Despues de las acusaciones del príncipe y de tus revelaciones, me siento en una atmósfera de traicion y de crímenes que me borroriza, se diria que me oprime... que me penetra .. Tendria miedo de volverme tan criminal como tú... Vete... vete, te digo... vete...

Iris se levantó pálida y triste, tomó la mano de su ama que besó y dió un paso hácia la puerta.

La señora de Hansfeld creyó leer en las facciones de su doncella una resolucion tan espantosa, que esclamó:

—¡Iris... quedaos!...

Iris retrocedió interrogando á Paula con la mirada.

—Mas en fin, ¿qué debo decir al príncipe? esclamó la princesa. Una vez convencida de mi inocencia, querrá conocer al culpable... ¿Qué debo responderle si me

¿interroga? Por otra parte, ¿creeis que sus sospechas no recaerán en vos? Y ahora que pienso en ello Dios mio! ¿no podrá creer que habeis obrado por órden mia... ó al menos bajo mi inspiracion?... Mira en qué terrible laberinto me has metido!...

—Madrina, permitidme quedar aqui.... Si soy despachada de esta casa, que no sea por vos al menos. Sabré resignarme si el príncipe exige que sea despedida, ó si me acusa; mas que este terrible golpe no me venga de vos.

—Pero admitiendo que las sospechas de monsieur de Hansfeld no recaigan sobre ti, ¿no es criminal de mi parte el conservar en mi casa una criatura que tres veces ha atentado á la vida de mi marido; y que podria por la misma monomanía salvage reincidir aun?

—Madrina, si lo exigis... jamás volveré á tentar contra los dias del príncipe...

—Si lo exijo.... Dios mio! podeis dudarlo?

—Y bien! os lo juro por vos. (Es para míel solo juramento que puedo hacer.) Os

juro por vos de respetar los dias del príncipe, como respeteria los vuestros... Dijo la bohema, con tono singular, mirando á Paula como si hubera querido penetrar lo mas profundo de su corazon. Mas si algun dia quereis casaros con Mr. de Morville, sin tener que reprocharos la muerte del príncipe, muerte á la cual seré tan estraña como vos... decid una palabra, ó mas bien... no, ni aun una palahra... dijo Iris echando una mirada al rededor suyo, como para buscar alguna cosa, y apercibiendo sobre la chimenea, un alfiler de oro y perlas, lo tomó y añadió: No tendreis mas que darme este alfiler, y sin que á los ojos de Dios y de los hombres, ni vos, ni yo contribuyamos en nada á la muerte del príncipe... podreis casaros con Mr. de Morville... Lo que os dige no debe admiraros... Vos no teneis mas deseo que este casamiento... Yo no tengo mas deseo que veros feliz...

Antes que la princesa pudiera responder, Iris desapareció.

XXXIV.

Confesion.

El viejo grabador y su hija se conmovieron profundamente al oir la historia de Mr. de Hausfeld. Berta compadecia á Arnold, obligado á luchar contra su amor y contra sospechas tan horribles. Encontraba entre ella y él una estraña conformidad de posicion: ambos, encadenado para siemá seres indignos de su afecto, debian pasar su vida en lágrimas amargas y estériles esperanzas.

Sin embargo, confesaba que la desgracia

hubiera sido mayor aun si no hubiera hallado en el libertador de su padre, un hombre que les inspiraba una viva simpatía tan viva como inocente y pura.

No preveia, no ambiciona otra felicidad que la de ver á menndo á Arnold y oirlo hablar con Pedro Raimond de un modo tan interesante y alegre. Nada decimos del encanto de Berta, cuando quedándose sola con su padre le veia estasiarse sobre el saber y el talento de Arnold: le colocaba sobre todos los hombres que habia conocido.

Al dia siguiente de aquel en que la señora de Hansfeld tuvo con iris la conversacion que hemos reproducido, Mr. de Brevanes, irritado por una preocupacion y una ansiedad violentas, habia maltratado de nuevo á su muger, cuya presencia le era de dia en dia mas insoportable. Persuadido de que libre y soltero hubiera tenido muchas mas facilidades para llevar á cabo su aventura con la señora de Hansfeld, la mañana dia mismo de que hablamos, habia promovido contra su muger una escena violenta.

Ya no estaba Berta en aquel tiempo en que se afligia por estas injusticias, y aun se acusaba de consolarse demasiado fácilmente, pensando que en casa de su padre podia encontrar á Arnold

Fué pues á casa de Pedro Raimond.

Júzguese del gozo del anciano cuando vió entrar á su hija á quien no esperaba hasta el otro dia.

—¡Qué dicha! hija mia, no pensaba verte hoy... Vamos... ya adivino... alguna nueva brutalidad. ¡Por mi fe! Ahora que las groserías de ese malvado hombre, á las cuales te haces mas y mas indiferente, me valen una larga visita tuya... Siento mi odio disminuirse mucho: si no eres feliz, al menos ya no eres desgraciada.... Esto es un progreso y no desespero.. de... Mas ¿á qué hablarte de estos sueños de un viejo loco?

—¡Oh!... Decid.. padre mio, decid.

—¡Y bien! Tomando asi la costumbre de dejarte pasar la mitad de tu vida en mi casa, espero que algun dia no te rehusará el permiso de venir á vivir del todo aqui...

—¡Ah! ¡No me atrevo á creerlo! Sabe demasiado el gozo que me causaria.

Puede ser... ¡Dios mio! Si asi fuese, juzga cuál seria mi dicha... ¡Ay! esta separacion no puede hacerse sin su consentimiento. Las leyes son tales, que hay mil torturas que una infeliz muger tiene que sufrir y con los cuales se la puede abrumar impunemente... Si debo decir todo mi modo de pensar, yo creo que este hombre tiene alguna mala pasion en el corazon. Su brutalidad cada dia mayor, su necesidad do alejarte de él, todo me lo dice; si asi fuese, una separacion no te costaria... ¿Que mas necesitariamos? Despues del poco tiempo que has vuelto á dar tus lecciones, tienes que rehusar alumnas.... Esta ganancia modesta bastará para sostenernos Volverás á tomar tu cuarto de soltera; veremos casi todos los dias á nuestro amigo Arnold... ¿Qué mas podremos desear?

—¡Oh! nada, padre mio; mas este sueño es demasiado halagüeño...

—Todavia mas... ¡Quien sabe!... Aunque conozco tu cariño, mi cara hija... la

compañía de un viejo es tan triste, que hubiera tenido un remordimiento en aceptar tu sacrificio... Mas el señor Arnold, añadió el anciano sonriéndose, alegrará algunas veces nuestra soledad... y á propósito, hija mia... mira lo que los corazones honrados ganan... en ser honrados. Sin la profunda estimacion que nos une á los tres, y que hace tan dulce nuestra intimidad, ¡cuánta felicidad perdida! Si hubiera creido á Arnold capaz de amarte de un modo criminal, y de mancillar indignamente las sagradas ralaciones del bienhechor y de favorecido, se hubiera visto privado de nuestra amistad, que le es tan necesaria como la suya nos lo es á nosotros.

En este momento llamaron á la puerta del grabador.

—Entrad, dijo este.

La puerta se abrió y entró Arnold.

—¡Què feliz casualidad! esclamó Pedro Raimond, llegais á propósito, caro Arnold... ¿pero qué teneis? Parece.s pensativo, preocupado, triste.

—En efecto, Mr. Arnold, no respondeis: pareceis afligido. ¿Sufris alguna pe-

na? ¿Acaso alguna mala nueva de vuestra muger?

Arnold se estremeció, sonrió tristemente, respondió:

—Decis verdad... se trata de mi muger.

—¡Cómo! esa miserable se atreve aun á levantar la cabeza, despues de vuestra... diré mi idea... despues de vuestra debilidad? esclamó Pedro Raimond. ¡Oh! esta vez, ninguna piedad, ningun miramiento, por semejantes crímenes; cuidado con llevar demasiado lejos vuestra generosidad... Hay un abismo entre la generosidad y una indiferencia culpable hácia los malvados.

Mr. de Hansfeld estaba tan abatido, que no trató de interrumpir á Pedro Raimond. Cuando este hubo hablado, le dijo tristemente.

—Mi muger no es culpable.. y yo os he engañado, introduciéndome en vuestra casa bajo nn nombre supuesto... Debo haceros esta confesion.

—¿Qué quereis decir, caballero? esclamó el anciano levantándose bruscamente.

—Berta, pálida, asustada, miraba á Mr.

de Hansfeld con una dolorosa ansiedad: Pedro Raimond estaba sombrío y severo.

—Esplicaos, caballero; no puedo calificar vuestra conducta sin haberos oido.

—Todo os lo diré: reflexionar úcicamente en que nadie me obligaba á la confesion que os hago... Si obro asi, es para no dejar de ser digno de vuestra amistad.

—Digno de mi amtstad despues de tanta falsedad...! No lo espereis caballero.

... Acaso sereis mas indulgente; dignaos pues, escucharme... Cuando la casualidad me proporcionó la ocasion de salvaros, y cuando á mi vez socorrido por vos, fui trasportado á esta casa, mi primer movimiento fué declararos mi nombre verdadero.... Mas en aquel momento entró vuestra hija...

—¿Y bien? caballero...

—Yo la conocia.

—¿Vos la conocíais? dijo el anciano con admiracion.

—A mí? esclamó Berta.

—De vista solamente, continuó Arnold. Sí, algunos dias antes vi á vuestra hija en el teatro; la nombraron delante de mi y mas tarde oi prodigar justos homenajes á la

noble y austera altivez de su padre,

—En este momento, caballero, esas alabanzas está de sobra, esclamó Pedro Raimond con impaciencia.

—No os alabo, caballero... os esplico la razon que me ha obligado á ocultaros mi título... puesto que la casualidad ha querido que tenga un título...

—Habeis, caballero, hábilmente abusado de la confianza de un anciano y de candor de una jóven; os doy por ello mil parabienes...

—Hice mal... mas ved aqui por qué he obrado de esta suerte... Conociendo vuestra antipatía por ciertas clases de la sociedad..., temia que mi posicion fuera un obstáculo á las relaciones que tan vivamente deseaba entablar con vos...

—Para tratar de seducir á mi hija sin duda! Abusar de lo que hay de mas santo... el reconocimiento... Ah! vos y los vuestros... sereis siempre los mismos, indignacion: Y yo que un momento há hablaba de la noble confianza que hace ciertas relaciones tan dulces entre las gentes de bien...

—Ah! caballero, dijo Berta al príncipe

con un acento de profunda tristeza. No sabeis toda la pena que nos causa vuestra conducta poco leal... Mi padre tenia en vos una fé ciega.

—Merezco esos cargos... y he venido voluntariamente á someterme á ellos.

—¿Mas quién sois, caballero? esclamó el grabador.

—El príncipe de Hansfeld, dijo tristemente Arnold inclinando la cabeza.

—Habitais el hotel Lambert... ¿cerca de aquí?

—El príncipe de Hansfeld! repitió Berta con una sorpresa mezclada de interés y de espanto.

—Contándoos bajo un nombre supuesto las consecuencias de mi casamiento, os dije la verdad: mi nombre solo fué cambiado. Entonces convencido de la culpabilidad de mi muger sobre todo despues de la última tentativa de que os hablé, estaba decidido á obligarla á dejar la Francia. Hoy mismo hubiera esparcido el ruido de mi partida con ella, abandonando al hotel Lambert. Conservando cuidadosamente el incógnito al abrigo del cual me habia creado relacio-

nes tan caras, queria vivir oscuramente, ó mas bien felizmente en un retiro vecino al vuestro... Algunos paseos, mi soledad, cada dia mas estrecha. Ved ahí cual era mi ambicion... Me es preciso renunciar á tan dulces sueños... Ayer al salir de aquí entré en el aposento de la señora de Hansfeld. Irritada al ver que sus preparativos de viage no estaban aun hechos, exasperado por su audacia, formulé en fin la terrible acusacion que nunca tuve el valor de articular.

—¡Yno era culpable? esclamó Berta ¡Ah! ya lo sabia yo bien... Tales crimenes eran imposibles

—Mi muger era inocente. repitió Mr de Hansfeld. Se ha justificado con franqueza y dignidad... Las razones que me ha dado me han parecido convincentes, y un viejo servidor en quien tengo toda confianza... me ha confirmado en que fuè materialmente imposible á la señora de Hansfeld el cometer ninguna de aquellas tres tentativas sobre mi vida... No puedo deciros las impresiones contrarias de que fuí agitado despues de este descubrimiento... pero me

aplaudia de haber escuchado, á pesar de las pruebas en apariencia mas positivas, la voz secreta que me decia: «es inocente.» Por tanto me reprochaba amargamente las acusaciones, las reticencias bizarras que debieron torturar aquella desgraciada muger y cambiar en ódio la débil afeccion que me tenia. Pensaba con dolor en las penas que mis odiosas sospechas le causaron.

Lo sentia, tenia mucho que espiar, mucho que hacerme perdonar. Este descubrimiento no ha reanimado mi amor por mi muger.... pues se estinguió para siempre, en medio de aquellas incesantes dudas; pero por lo mismo que yo no la amo, debo redoblar de obsequios y miramientos hácia ella... Ahora, ved aqui por que vengo á deciros una cosa que acaso no hubiérais sabido nunca... Miraré siempre como indigno de mí, el sorprender, gracias á ciertos hechos cuya falsedad conozco en este momento, un misterio que hubiese aun estrechado los lazos de afeccion que nos unian... Muchas veces estuve á punto de revelaros mi verdadero nombre... mas

el temor de escitar vuestra indignacion, por esta confesion tardia, me contuvo siempre... Ya lo sabeis todo... aun una vez, no quiero negar mis faltas; pensad únicamente en lo que sufria, en los inefables consuelos que encontraba aquí, y acaso me perdonareis el haber retrocedido ante el temor de perder esta felicidad.

Pedro Raimond permaneció pensativo, mientras que Mr. de Hansfeld hablaba. Poco á poco, su dura fisonomía perdió su espresion de amargura y de cólera. Un poco antes que Arnold cesara de hablar, Pedro Raimond hizo un gesto de aprobacion mirando á Berta como para aplaudir las palabras de Mr. de Hansfeld. Berta, con los ojos bajos, estaba sumergida en pron funda tristeza; conocia demasiado á su padre, para esperar que despues de la confesion del príncipe, consintiera aun en recibirlo; preciso le era renunciar á la única consolacion que la ayudaba á soportar sus penas; esta idea le era cruel.

Despues de algunos momentos de silencio, Pedro Raimond tendió la mano á Mr. de Hansfeld, y le dijo:

—Bien... muy bien... triunfais de mis prevenciones... Pues vais noblemente al frente de un sacrificio... que deberá costaros tanto como á nosotros... y nos costará mucho...

—¿Conqué ya no os volveré á ver mas? dijo tristemente Arnold...

—Es imposible... He podido acoger en mi casa á mi libertador, y estrechar con el una amistad que nuestra igualdad de posicion autorizaba... Confiando en la lealtad del hombre qne me habia salvado la vida, he podido ver sin escrúpulo su afecto honrado y puro por mi hija..; mas tales relaciones ya no pueden durar... Un pobre artesano como yo no se trata con príncipes. En fin, puedo perdonar la supercheria de que os habeis servido para entrar en mi casa. Mas el sufrir en adelante vuestras visitas, seria aprobarla.

—Dios mio! Creed.

—Creo que esta separacion os será dolorosa... bien dolorosa... y sin embargo no mas que á nosotros...

—Oh! no... murmuró Berta que no pudo contener sus lágrimas.

«

—Y aun vos teneis placeres de vuestro rango, continuó Pedro Raimond.

—Los placeres... ¿lo creeis así?

—Los deberes... si quereis. Teneis que hacer olvidar á vuestra muger las penas que le habeis causado, y para una alma generosa es una ocupacion noble y grande. Pero á nosotros... ¿qué nos queda para reemplazar una intimidad tan cara á nuestro corazon? Mientras tenga á mi querida hija á mi lado, os echaré menos ver, mas ¿y cuando esté solo? Mi hija, ella misma era cada dia mas indiferente á las penas que le afligian en su casa, pensando en la dicha dulce y tranquila que la esperaba aquí. Ahora, ¿qué le resta? Los recuerdos de un pasado que valiera mas para ella no haber conocido.

—Padre mio, tendré valor, replicó Berta; ¿no me quedais vos?

—Si... y hablaremos á menudo de él... te lo prometo... añadió el anciano tendiendo la mano á Arnold que la estrechó tiernamente entre las suyas.

—Vamos, ánimo, Mr. Arnold, dijo Berta procurando sonreir á través de sus lá-

grimas. Mi padre os lo ha dicho; no os olvidaremos jamás... Hablaremos de vos bien á menudo. Adios... y para siempre adios...

Mr. de Hansfeld que podia apenas contener su emocion, y respondió con voz alterada, Adios... y para siempre adios... Creed... y...

No pudo acabar, los sollozos apagaron su voz y ocultó su rostro entre sus manos.

—Ya lo veis, dijo despues de un momento de silencio á Pedro Raimond, que lo contemplaba tristemente, débil... siempre débil... ¡Cuánto debeis despreciarme, hombre rudo y estoico...

Sin responderle, Pedro Raimond esclamó de improviso:

—¡Dios mio! Ahora que me acuerdo... vuestra muger es inocente... En buen hora... Pero ese crímen tan obstinadamente repetido... ¿quien lo cometió¿ En Trieste, aquí, estraños pudieron ser acusados de él... mas en el camino en aquella posada, preciso es que sea alguno de vuestra casa... á menos de una coincidencia estraor-

dinaria.

—Tambien yo me he propuesto esa cuestion y ha sido para mi insoluble. En nuestro viaje solo nos acompañaban tres personas: un viejo criado que me ha servido de padre, una jóven recogida por la señora de Hansfeld, y mi cazador, que me servia desde mucho tiempo. Sospechar de mi viejo Frantz ó de una jóven de 17 años de un crímen tan negro, tan inútil, seria absurdo. Solo quedaria el cazador... Mas aunque bueno y adicto, si viérais lo obtuso que es el entendimiento del pobre muchacho, comprenderiais que mas bien que creerlo culpable, sospecharia de mi viejo Frantz ó de la señorita de compañía de mi muger.

—Mas sin embargo, esas tentivas...

—Amigo mio, mis injustas sospechas contra mi muger me han causado demasiadas desgracias para que me atreva á sospechar de nadie.

—Mas esas tentativas son reales.. Y si las renuevan?

—Tanto mejor... Ayer las hubiera temido..; pero hoy las arrostro.

—¡Ah! Mr. Arnold... ¿y los amigos que os restan?... ¡Cómo! ¿no haceis ninguna pesquisa para descubrir al culpable?

—Ninguna... ¿Y para qué? ¿No acabo de deciros: «Adios y para siempre...?»

Y Mr. de Hansfeld salió desesperado.

XXXV.

La cita.

Aquella mañana Mr. de Brevannes debia encontrar á la señora de Hansfeld en el jardin de Plantas.

Hácia las once se dirigió á aquel sitio.

La lectura del libro negro, aquel misterioso confidente de los mas secretos pensamientos de Paula, habia inspirado al marido de Berta cuasi esperanzas. Los secretos que él creia haber sorprendido se reasumian de este modo:

«La señora de Hansfeld se reprochaba el no aborrecer bastante á Mr. de Brevannes, asesino de Rafael.

«El príncipe la hacia tan desgraciada que ella le deseaba la muerte.»

Iris habia sobretodo recomendado á Mr. de Brevannes que no hiciera en nada sospechar á la princesa, que conocia, por decirlo asi, sus mas secretos pensamientos.

Este consejo servia demasiado los intereses de Mr. de Brevannes para que no le siguiese escrupulosamente.

La señora de Hansfeld iba á esta cita con mucha menos seguridad que Mr. de Brevannes. Le creia capaz de calumniarla indignamente, y la trascendencia de sus calumnias podia ser terrible y llegar hasta Mr. de Morville.

Paula debia pues tratar con mucha dul-

zura á este hombre que le inspiraba una aversion profunda, y aparentar benevolencia, á fin de paralizar por algun tiempo sus maledicencias.

Mas la señora de Hansfeld no se hacia ilusion... Desde el momento en que Mr. de Brevannes se viera burlado, se vengaria por la calumnia, y su venganza podia tener funesta influencia sobre el alma de Mr. de Morville.

La mas ligera sospecha debia ser mortal á aquel amor ideal, desinteresado, romántico y sobre todo fundado en una estimacion y una confianza recíproca.

La señora de Hansfeld fué al jardin de Plantas con Iris. A pesar del horror que le inspiraban los crímenes de la doncella, no pudo privarse de ella en esta circunstancia.

Las once daban, cuando Paula y la bohema llegaron al pié del Laberinto. El frio era vivo. El dia puro y hermoso. En aquella estacion las personas que se pasean son raras, sobretodo en aquel sitio; las dos mugeres llegaron al famoso «cedro» sin en-

contrar á nadie.

Mr. de Brevannes que esperaba despues de media hora, sentado al pie de este inmenso árbol, se levantó al divisar á la señora de Hansfeld.

Esta ocultó dificilmente su emocion. Despues de algunos años volvia á ver por pripera vez á un hombre á quien tenia tantas razones para detestar. Su corazon latia con violencia, y dijo en voz baja á Iris que no se alejase de ella.

Mr. de Brevannes, vano y orgulloso, interpretó esta emocion á su favor; contemplaba con delirio la admirable figura de Paula, que el frio matizaba de los mas vivos colores. Su esbelto talle se dibujaba con encantadora gracia bajo un vestido de e rciopelo granada.

El marido de Berta se dejaba arrostrar á las mas locas esperanzas, pensando que á fuerza de obstinacion habia obtenido una cita de aquella muger, que reunia tantas gracias á tanta dignidad, tantos encantos á tan alta posicion social, lo cual para Mr. de Brevannes no era la menor de las seducciones de la princesa.

Lleno de esperanza y de amor, se acercó á Paula y le dijo respetuosamente:

—¡Con qué impaciencia, señora, esperaba este momento!.... ¡Cuán agradecido os estoy de vuestra suma bondad de que apenas soy digno!

—Mejor que nadie sabeis, caballero, quién me obliga á dar este paso, dijo amargamente la princesa, aludiendo á las amenazas de Mr. de Brevannes.

—Os comprendo, señora, dijo Mr. de Brevannes. Pero si supièrais mi enagenamiento, mi delirio al contemplar vuestra imágen hace años grabada en mi corazon... ¡Ah! cuántas veces he recordado con pasion aquel tiempo en que os veia cada dia... en que al abrigo del amor que fingia por vuestra señora tia...

—Basta, caballero... basta... No me habeis sin duda pedido esta entrevista para hablarme de un pasado... que por tantas razones debeis procurar olvidar.

—Olvidarlo... ¿Lo puedo? Este recuerdo ha borrado todos los otros recuerdos de mi vida.

—Tened la bondad de responderme, ca-

ballero. Insistiendo con tanta obstinacion, para obtener esta entrevista, ¿cuál era vuestro objeto?

—Hablaros de mi amor, mas apasionado que nunca, interesaros..., aun á pesar vuestro, en los tormentos que sufro...

—Escuchad, señor de Brevannes, dijo friamente Paula, interrumpiéndole. Hace dos años me habeis hablado una vez de vuestro amor... Yo no os he creido. El silencio que habeis guardado desde entonces sobre tan pretendida pasion, me ha probado que vuestra declaracion no tenia importancia... Cuando me han dicho vuestra obstinacion en quererme ver aquí, he atribuido este deseo á cualquiera otro motivo que el de quererme hablar de un amor que me ofende, y que me recuerda atroces calumnias...

—¡Y bien! No os hablaré mas de mi amor... me contentaré con amaros sin decíroslo... Esperándolo todo del tiempo, de la sinceridad de los sentimientos que me inspirais; permitidme únicamente el veros algunas veces... Hubiera podido pedir á alguno de nuestros comunes amigos el sero-

presentado; he querido esperar vuestro beneplácito antes de tentar este paso.

—No recibo mas que á algunas personas de mi intimidad, caballero, dijo Paula con sequedad. El señor de Hansfeld vive muy solo... Me es imposible... sobre todo despues de vuestra estraña declaracion, cambiar en nada mi modo de vivir.

Mr. de Brevannes no pudo reprimir un gesto de impaciencia y de cólera, que, recordando á la señora de Hansfeld que no debia exaperar á aquel hombre, la obligó á añadir con tono mas familiar:

—Pensad... por favor en todo lo que pasó en Venecia... y confesad que me es imposible recibiros... aun cuando yo misma lo desease.

Estas últimas palabras, dichas únicamente por la señora de Hansfeld para hacer menos amarga su denegacion, parecieron á Mr. de Brevannes de muy buen agüero. Se acordó apropósito de las confidencias del libro negro, y tomó la frialdad aparente de la princesa por una especie de reserva y disimulacion, con respecto à un amor

que aun no queria confesarse á sí misma. Creyó deber respetar estos escrúpulos, seguro de que despues de algunas denegaciones de pura forma, Paula acordaria los medios de verla.

—Mr. de Brevannes replicó:

—No me atrevo á insistir, señora: sin embargo, ¿qué inconveniente habria en que os fuese presentado? Creedme: lejos de abusar de este favor... usaré de él con la mas estrema reserva...

—Os aseguro, caballero, que es cosa impracticable... ¿Bajo qué pretesto?...¿qué diré al señor de Hansfeld?

—Que he tenido el honor de conoceros en Italia... Y luego un hombre casado, añadió sonriéndose, nunca inspira desconfianza. Ademas, y únicamente por la fama, podré tener el honor de presentaros á la señora de Brevannes, aunque no sea digna de ocuparos un momento.

Esta proposicion de Mr. de Brevannes llamó la antencion á Paula.

Sabiendo que el príncipe estaba muy enamorado de Berta, no pudo disimular una sonrisa de ironía, al oir á Mr. de Brevan-

nes hablar de presentar á su muger en el hotel Lambert.

Un vago presentimiento que la señora de Hansfeld no pudo esplicarse, le dijo que esta circunstancia podria algun dia ser útil á su ódio contra Mr. de Brevannes; y así replicó con afectado embarazo:

—Si eso fuera posible... tendria el mayor placer en conocer á la señora dé Brevannes,... pues tengo muchas razones de creer que la juzgais con demasiada severidad asi que, en el caso en que me fuese permitido recibiros, seria únicamente, ¿lo entendeis? únicamente á causa de la señora de Brevannes: os lo prevengo, caballero.

—Siempre sucede lo mismo; las mugeres no tienen mejor amiga que aquella á quien roban su marido.

—Ella misma se ha vendido, se dijo Mr. de Brevannes, y añadió en alta voz:

—Estad persuadida, señora, que acogeré con placer todo proyecto que tienda á estrechar nuestras relaciones. Permitid, pues, por amor de la señora de Brevannes, dijo él con una nueva sonrisa, que os la presente, pidiéndoos permiso para acompa-

ñarla algunas veces.

—Muy rara vez, caballero. Sobre todo en los primeros tiempos de mis relaciones con la señora de Brevannes, añadió la señora de Hansfeld, despues de un momento de duda.

—No quiero buscar las razones que os obligan á obrar asi, señora... Pero me someteré á ellas.

Y pensó:

—Es una obra maestra de habilidad sin duda. El príncipe es celoso; quiere antes de todo alejar las sospechas de su marido y captarse la confianza de mi muger.

—Con esas condiciones, añadió la señora de Hansfeld, bajando los ojos, os permito que me presenteis á la señora de Brevannes...

—Mas queda formalmente convenido que en adelante jamás me direis una palabra.... de un amor tan vano como insensato.

—Pediré una modificacion á esta cláusula, señora... Me obligo á hacer todo lo posible por olvidaros... Unicamente para animarme, para fortificarme en mi bue-

na resolucion, me permitireis instruiros algunas veces de los resultados de mis esfuerzos... y como segun vuestros deseos, os veré muy poco en vuestra casa... ¿os dignareis acaso algunas veces concederme los medios de veros en otra parte?

—Caballero...!

—Unicamente para oirme deciros que trato de olvidaros... El sacrificio que hago ¿no es bastante grande para que me acordeis esta compensacion?

—Es un medio bien estraño de olvidar... Mas si lo creeis eficaz, caballero... acaso un dia consentiré en volver aquí

—Ah! señora, cuántas bondades!

—Pero no hagais ilusion. Si no estoy satisfecha de los progresos de vuestra indiferencia, no volveria á obtener de mí una sola entrevista.

—Creo poderos prometer, señora, que no os tendreis que arrepentir de la gracia que me dispensais.

Despues de un momento de silencio, Paula replicó:

—Debe sorprenderos, caballero, que despues de lo que en otro tiempo ha suce-

dido entre nosotros...

—Señora...

—No quiero decir mas... Algun dia sabreis el motivo de mi conducta y de mi generosidad... Mas se hace tarde... debo retirarme... Decidme. ¿cuál es la persona que me presenterá á la señora de Brevannes?

—La señora de Saint-Pierre, prima de Mr. de Luceval. Tuvo á bien ofrecerme sus buenos oficios.

—La encuentro en efecto bastante à menudo en el mundo. Recordadla pues, esta promesa, caballero... Acoger su demanda.

—Os retirais ya?... Tenoria tantas cosas que deciros! Aun otra palabra, aun... por favor!....

—Imposible... Iris, venid...

Iris volvió al lado de su ama, y bajó la escalera del laberinto, despues de haber cambiado una mirada de inteligencia con Mr. de Brevannes.

El marido de Berta debia tanto mas ser presa de la estratagema de Iris, con respecto al libro negro, cuanto que Paula, en consecuencia de las revelaciones de la bo-

hema sobre la infidelidad de Ralael, no habia mostrado el horror que debiera sentir á la vista del asesino de su amante.

Esta circunstancia daba una nueva autoridad al confidente de los íntimos pensamientos de la princesa.

Mr. de Brevannes, tan orgulloso como encantado del buen deseo que mostrára la señora de Hansfeld de admitir á Berta en el número de sus amigas, se creyó el único y verdadero objeto de aquella amistad, que debia mas tarde sin duda facilitar y asegurar sus diarias relaciones con Paula.

Esperando con viva y confiada impaciencia el momento de conocer por el libro negro la impresion verdadera que esta entrevista causara á la señora de Hansfeld, Mr. de Brevannes volvió á su casa con el corazon contento.

Poco tiempo antes, habia vuelto Berta de casa de su padre, triste y oprimida: acababa de ver á Mr, de Hansfeld, sin duda por la última vez. Le era preciso renunciar para siempre á los dulces y encantadores sueños en que se meciera su imaginacion.

«

Habiéndosele dicho que su muger estaba en su habitacion, Mr. de Brevannes fué á hablarle al instante mismo.

XXXVI.

Proposiciones.

Mr. de Brevannes no reflexionó un momento en el papel humillante y odioso que destinaba á su muger. Ninguna consideracion, ningun escrúpulo podia impedir á este hombre el ir derecho á su fin.

En esta circunstancia, pensando en servirse de Berta como de un medio se dijo con cínica impudencia:—Hé aquí la pri-

mera vez que mi casamiento me habrá servido de algo.

Creyó sin embargo necesario tomar con su muger un tono menos brusco para decidirla á dejarse presentar á la princesa de Hansfeld. Berta frecuentaba poco la sociedad, y era sumamente tímida. Esperando por consiguiente Brevannes hallar algunas dificultades de su parte, quiso vencerlas por la dulzura, temiendo que sus amenazas fuesen vencidas por una obstinada denegacion de su muger.

Esta contaba tan poco con la visita de su marido, que daba en aquel momento libre curso á sus lágrimas, pensando en Mr. de Hansfeld á quien ya no debia volver á ver.

Por la primera vez sintió hasta qué punto le amaba. Tenia bastante valor para no maldecir aquella separacion cruel, pensando en las penas de que una pasion culpable hubiera sembrado su vida. No viendo mas á Arnold, estaria al menos al abrigo del peligro.

Un consuelo semejante cuesta siempre muchas lágrimas: así es que Berta tuvo

apenas tiempo para enjugar sus ojos antes que su marido se acercase á ella.

Berta tenia bastantes motivos de verter lágrimas para que Mr. de Brevannes no se admirase de verla llorar. Estas lágrimas le contrariaron sin embargo, pues no podia de buenas á primeras hablar á su muger de los placeres del mundo y de su presentacion á la señora de Hansfeld. Reprimiendo pues un ligero movimiento de impaciencia dijo con dulzura á Berta, pareciendo no haber notado su tristeza:

—Perdon... cara amiga..., acaso os incomodo...

—No... no, Cárlos, no me incomodais. Dijo Berta enjugando sus lágrimas.

—¿Habeis visto esta mañana á vuestro padre?

—Sí... me habeis permitido ir á su casa... cuando yo...

—Oh!... dijo Mr. de Brevannes interrumpiendo á Berta. No es un cargo lo que os hago. No me gusta el carácter de vuestro padre; me seria imposible vivir con él. Mas hago justicia á su lealtad, á la austeridad de sus principios, y estoy perfecta-

mente tranquilo, cuando sé que estais en su casa.

Berta no tenia nada que echarse en cara: sin embargo, su corazon se oprimia como si hubiera abusado de la confianza de su marido, que por primera vez despues de mucho tiempo, le hablaba con bondad; y bajó la cabeza sin responder.

Mr. de Brevannes continuó:

—Y por último, estas visitas á vuestro padre han sido vuestras únicas distracciones... Desde nuestra llegada á Paris... escepto aquella primera representacion del teatro francés, no habíais ido á ninguna parte.. Asi que quiero sacaros de vuestra soledad...

—Sois demasiado bueno, Cárlos. Ya lo sabeis; gusto poco del mundo... estoy acostumbrada á la vida que llevo; no os tomeis pues ningun cuidado por lo que llamais mis placeres...

—Vamos, vamos, sois una niña. Dejadme pensar y decidir en este particular.... no os arrepentereis de ello.

—Pero, Cárlos...

—¡Oh! Seré sumamente obstinado...

como siempre y aun mas, pues se trata que disfruteis del mundo á pesar vuestro... Si, una vez pasada vuestra primera timidez, ese mundo que tanto temor os inspira, tendrá para vos mil atractivos...

Berta miraba á su marido absorta de este cambio estraordinario en su tono, en sus maneras. Le hablaba con una dulzura poco acostumbrada en el momento mismo en que ella se reprochaba el sentir por Mr. de Hansfeld una afeccion demasiado viva. La angustia, diremos casi el remordimiento de la pobre Berta, aumentaba en razon de la aparente benevolencia de su marido. En consecuencia, respondió sonrojándose:

—En verdad, Cárlos, que estoy bien reconocida de lo que quereis hacer por mí... y aun me admiro de ello,

—¡Pobre cara amiga! Sin pensarlo me haceis una cruel recriminacion.

—¡Oh! perdonad, no queria...

—Mas esa recriminacion la acepto, porque la merezco... Si, desde nuestra llegada os he abandonado bastante para que la menor atencion de mi parte os admire...

Pero paciencia, yo me desquitaré .. No es eso todo; se me cree un Otelo; se cree que son los celos los que me hacen ocultar mi tesoro á los ojos de todos; quiero responder á esos maldicientes prodigando este invierno mi tesoro, y probar así que me insparais tanto orgullo como confianza.

—No puedo responder á tan generosos ofrecimientos sino aceptándolos, aunque con pesar, y únicamente por obedeceros... Pues á todo preferiria la soledad; y si me lo permitiérais, Cárlos, viviria como en lo pasado...

—No, no, os lo he dicho ya; seré tan obstinado como vos...

—Y bien! Sea asi; haré lo que deseais; únicamente sed bastante bueno para hacerme una promesa: la de no obligarme á divertirme demasiado, dijo Berta sonriéndose tristemente. Frecuentaré el mundo, puesto que lo deseais vivamente..., mas no mucho, ¿no es verdad?

—No tengais miedo; cuando le hayais frecuentado algunas veces, yo seré, estoy seguro de ello. quien tenga que moderar vuestros deseos de volver á él.

—Oh! no temais eso, Cárlos.

—Ya vereis, ya vereis.

—Me hallo tan violentada en casa de las personas que no conozco! Me parece ver por todas partes malévolas miradas.

—Sois demasiado hermosa para no escitar la envidia y la maledicencia de las mugeres. Pero la admiracion de los hombres os vengará. Sin contar que entre las personas á las cuales quiero presentaros, hay algunas colocadas en posiciones tan elevadas, tan esclusivas, que vuestra admision en sus casas suscitará muchos envidiosos.

—¿Qué quereis decir, Cárlos?

—Vais á saberlo, cara amiga, y me sirve de un verdadero placer el deciroslo. Estoy encantado de veros entrar con tanta facilidad en mis proyectos Os confieso que esperaba hallar muchas mas resistencia.

—Si he cedido tan pronto, ha sido por temor de desagradaros. Decid una palabra, y vereis con qué facilidad renuncio tambien á esos placeres sin duda tan envidiados.

—No diré yo esas palabras, querida amiga: lejos de eso diré otra que os impedirá por el contrario renunciar á esos vanos goces del mundo que parecen ofreceros tan pocos atractivos.

—¡Còmo! Esas palabras...

—¿Os acordais de aquella primera representacion en el teatro Francés?

—Si, sin duda.

—Quiero decir: ¿os acordais de las cosas que mas llamaron la atencion pública, no en las tablas, sino en los palcos?

—En primer lugar el tocado de la señora Girard.

—¿El sobieska sin duda? Pero ademas...

Berta estaba tan lejos de lo que iba á decirle su marido que buscó un momento en su imaginacion y respondió:

—No sé... ¿La señora marquesa de Luceval?

—Os acercais á la verdad y al palco de la persona de quien quiero hablaros.

—¿Cómo asi?

—¿En el palco inmediato al de la señó-

ra de Luceval, no habia una bella princesa estrangera de quien todo el mundo hablaba con admiracion?

—¡Una princesa estrangera! Replicó maquinalmente Berta cuyo corazon se oprimió por un presentimiento indefinible.

—La señora princesa de Hansfeld.

—¡La princesa! ¡Cómo! es á ella...

—A quien os presentaré pasado mañana, asi lo espero.

—Oh! jamás...! Jamás! esclamó involuntariamente Berta. Aprovechar esta ocasion que le daba los medios de volver á ver el príncipe, le pareció una odiosa perfidia.

Mr. de Brevannes aunque admirando de la esclamacion de su muger, creyó que rehusaba por timidez y añadió:

—Vamos, sois una niña. Aunque gran señora, la princesa de Hansfeld es la persona mas sencilla del mundo; estoy seguro que le agradareis mucho.

—Amigo mio, os lo suplico, no me lleveis á casa de la princesa. Dejadme en el retiro en que he vivido hasta aqui.

—Querida amiga, os lo suplico á mi vez, dijo Mr. de Brevannes conteniéndose; no tengais caprichos de mal gusto. Hace un momento estábais decidida á lo que yo deseaba, y he aqui que ahora retractais vuestra promesa!... Sed mas razonable.

—Oh! es imposible... No, no, Cárlos... os lo pido por gracia, no exijais esto de mí.

—Decididamente estais loca! Buscais con obstinacion de los que tantos otros pediarian como un favor inesperado.

—Ya lo sé, ya lo sé... Y creed que si yo rehuso es porque tengo razon para ello.

—Razones!... Razones!... y cuáles son si os place?

—Dios mio! ninguna particular; mas deseo no frecuentar á nadie.

Mr. de Brevannes, estupefacto de esta resistencia, buscó en vano su causa. Presentia que el gusto solo del retiro no dictaba aquella denegacion. Un momento pensó que su muger estaria celosa de la princesa, y asi añadió con cierta complacencia:

—Veamos, sed franca, no me ocnlteis nada. ¿No hay un poco de celos en juego?

—Celos?

—Si... ¿no seriais bastante loca para imaginaros que me ocupo de la princesa?

—No, no. No creo eso... os lo aseguro.

—¿Pero qué es entonces? esclamó Mr. de Bre-annes con una impaciencia por mucho tiempo contenida.

—Cárlos, sed bueno, sed generoso...

—Me canso de serlo, señora; y puesto que no teneis la menor cuenta de mis ruegos, ejecutareis mis órdenes, y pasado mañana me acompañareis á casa de la señora de Hansfeld, ¿me entendeis?

—Cárlos, una palabra, por gracia... ¿No ha sido por complacerme por lo que me quereis conducir á casa de la princesa?

—Sin duda. ¿Y bien?

—¡Y bien! puesto que es por mi por quien habeis formado ese proyecto... Os lo suplico, renunciad á él.

—Me obedecereis.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Por qué no vais solo? Poco os importa que yo...

—Me importa en términos que ireis. ¿Es

bastante claro?

—Mucho me cuesta el seros desagradable, mas como no podreis forzarme á ello...

—¿Y bien?

—No iré.

—¿No ireis?

—No.

—¡Qué estúpida obstinacion!... ¿y pensais hacerme la ley?

—Obro como debo.

—Negandoos á ir á casa de la princesa de Hansfeld?

—Si, Cárlos.

—No estoy de humor de adivinar charadas. Terminaré, pues, nuestra conversacion, por dos palabras. Si persistís en vuestra obstinacion, en vuestra vida volvereis á ver á vuestro padre, pues dentro de ocho dias partireis para Lorena, de donde no vendreis mas... Tengo derecho de fijar el lugar de vuestra residencia... Ya lo sabeis, mi voluntad es inflexible...; con que asi, reflexionad.

Berta bajó la cabeza sin responder.

Su marido podia en efecto enviarla á

Lorena y separarla de su padre de quien era el único recurso, pues que por un justo sentimiento de orgullo Pedro Raimond rehusaba la pension que le habia asignado monsieur de Brevannes.

—Mas obedeciendo á su marido, Berta debia ocultar al grabador con qué condicion continuaba viéndolo, pues este hubiera mil veces preferido dejarla partir para Lorena, que aconsejar á su marido, pues que estas órdenes volvian á ponerla en relaciones con Arnold.

Hubo un momento en que quiso confesar á monsieur de Brevannes el motivo de la resistencia que le oponia. Mas pensando en los celos feroces de su marido, en la cólera que en él suscitaria contra el grabador, de quien la separaria acaso, desechó esta idea.

Desgraciadamente para Berta no habia ningun término medio entre estas diferentes alternativas. Su primer movimiento ó fué de resistir obstinadamente á los deseos de su marido, porque las lágrimas que vertia al recuerdo de Arnold la revelaban el peligro de este amor hasta entonces tan puro;

mas debia inclinarse antes una necesidad.

Despues de estas reflexiones, respondió á su marido con abatimiento:

—Lo exigis... caballero... Os obedeceré...

—Es en verdad, bien feliz, señora...

—Pero no olvideis jamás... que he resistido á vuestras órdenes con todas mis fuerzas... que os he conjurado, suplicado que me dejaseis en mi retiro... y que sois vos... ¿lo ois? quien ha querido arrancarme de el, para arrojarme en medio del torbellino del mundo, dijo Berta con cierta animacion; del mundo... donde no tendré ni apoyo ni consejo... en donde me veré espuesta á todos los peligros que rodean á una muger jóven, absolutamente aislada...

—Aislada!.. Y yo, señora....

—Escuchad, caballero; tengo veinte y dos años apenas... Me habeis abrumado de dolores... y por lo tanto ya no os amo... Sin duda estoy resuelta á nunca olvidar mis deberes; pero aunque segura de mi... prefiero no arrostrar ciertos peligros.

Esta vez creyó Berta haber acertado el golpe. Despertando los celos furiosos de su marido, esperaba por este medio hacer le reflexionar en los inconvenientes de arrojar en medio de las seducciones del mundo á una muger, sin amor y sin confianza por su marido.

En efecto, Mr. de Brevannes, estupefacto de este nuevo lenguage, miraba á Berta con una irritacion, mezclada de sorpresa.

—¿Qué quereis decir, señora? esclamó. ¿Quereis hacerme entender que podríais tener la indignidad de olvidar lo que he hecho por vos?. Oh! cuidado, señora. Cuidado. con lo que haceis; no jugueis con esas ideas pues son terribles. No olvideis nunca que el amor propio es mil veces mas irritable y mas ardiente en la venganza que el amor... Si alguna vez tuviereis solo la idea de engañarme... Pero añadió palideciendo de rabia á esta sola idea, no provoquemos esta cuestion... Es una cuestion sangrienta.

—Y porque puede un dia ser sangrienta caballero la provoco ahora, yo, que como

muger honrada os suplico que me dejeis en mi retiro, que no me espongais voluntariamente á peligros que acaso no tendré la fuerza de vencer. Os debo mucho, sin duda. Mas, creedme, no me obligueis, á contar tambien las lágrimas que he derramado; podria creerme desquitada.

—¡Qué audacia!...

—Prefiero ser audaz antes de haber hecho el mal, que ser hipócrita despues de una falta. Aun otra vez, por vuestro reposo, por el mio, caballero, dejadme vivir oscura é ignorada... A este precio puedo prometer no faltar jamás... Si no...

—Si no....

—Me habeis echado cuasi desarmada en medio de los peligros del mundo... Yo conozco mis deberes, trataré de luchar.... Mas os lo repito,.. puede haber circunstancias en que la fuerza me falte.

El buen sentido y la franqueza de estas palabras hacian hervir los celos de Mr. de Brevannes. Conocia demasiado su conducta hácia su muger para no prever que lucharia únicamente y sin mas motivo que el «deber,» y el deber sin el amor es mu-

cho mas impotente contra los atractivos de la pasion.

El infierno de este hombre empezaba. Colocado entre sus celos y su amor, dudaba entre el deseo de entablar relaciones seguidas con la señora de Hansfeld, gracias á la presentacion de Berta, y el temor de ver á su muger rodeada de adoradores.

El pensamiento de estar celoso del príncipe que no conocia mas que por las estravagancias que de él se contaban, no le vino un momento á la imaginacion. Mas á falta del príncipe, se creó los fantasmas mas aterradores, es decir, los mas seductores. Ya creia verse burlado, señalado con el dedo. El que habia hecho un casamiento de amor, casamiento si los hay, decia; él, que habia sacrificado su vanidad, su ambicion, su codicia á una pobre jóven oscura, ¿no debia verse al abrigo de la mala suerte? ¿Debia ser siempre juguete á los ojos del mundo, antes y despues de su casamiento? A estos pensamientos Mr. de Brevannes se estremeció de furor.

Ora veia en la franqueza de su muger

una garantía para el porvenir; ora, al contrario, veia en ella una cínica provocacion; de tal modo le aterraba aquel lenguaje de una muger honrada que, desdeñada por su marido, á quien ya no ama, conoce la fragilidad humana, y mas bien que arrostrarla, prefiere huir el peligro.

Sin embargo, el no presentar Berta á la princesa era renunciar al porvenir que entreveia tan brillante.

—Este sacrificio le fué imposible. Como aquellos que renunciando á hacerse amar esperan hacerse temer, trató de intimidar á Berta, y la dijo brutalmente:

—Cuando se tiene la desvergüenza de profesar abiertamente semejantes principios, no se necesita ir al mundo para engañar á su marido.

—Basta, caballero... basta, dijo Berta con altivez. Supuesto que me comprendeis así, nada tengo que añadir... Os acompañaré cuando gusteis á casa de la princesa de Hansfeld.

—Y cuidado con lo que haceis... No olvideis lo que voy á deciros... os lo repito con intencion... El amor puede

ser indulgente, generoso; el orgullo, jamás... Así que no habrá piedad... Si tuvieseis la desgracia de conduciros mal, os estrellaria, os pulverizaria sin compasion, ¿lo ois?... añadió, con los lábios contraidos por la cólera, asiendo rudamente á Berta por el brazo.

Esta, muy tranquila, se desasió dulcemente de èl, y respondió:

—Con toda otra que conmigo, caballero, acaso haríais mal de añadir el móvil del peligro... al atractivo que puede ofrecer el amor... Creedme, cuando el deber es impotente, el terror es vano.

Y diciendo estas palabras, Berta se encerró en su habitacion, dejando á Mr. de Brevannes en una irritacion y en una ansiedad profunda

XXXVII.

Correspondencia.

La señora de Hansfeld volvió bastante satisfecha de su conversacion con Mr. de Brevannes. Pensando en la proposicion que le habia hecho èl de presentarle á su muger, esperimentaba Paula estraños sentimientos. En primer lugar sabiendo el amor de Arnold por la señora de Brevannes, esperando en seguida gozar de la confusion de Mr. de Hansfeld cuando se viera reconocido por Berta. (Paula ignoraba que Arnold habia revelado su verdadero nombre á Pedro Raimond).

Cuando comunicó á Iris la próxima presentacion de la señora de Brevannes en el palacio Lambert, esclamó la bohema estremeciéndose de alegría:

—Ahora... ya no teneis nada que desear... Vuestros votos serán colmados cuando querais hacerme una seña.

En vano Paula quiso obligar á Iris á esplicarse con mas precision. Esta se encerró en un silencio absoluto despues de haber añadido:

—Reflexionad bien madrina... vos me comprendereis.

La princesa reflexionó:

Deteniendo su pensamiento en Mr. de Hansfeld, recapacitó lo que él le inspiraba, desde que la creyó capaz de tan horribles crímenes... Sentia por él tanto ódio como desprecio; ódio contra el hombre capaz de concebir tales sospechas; desprecio por el hombre bastante débil para no acusar osadamente á la que sospechaba.

Paula era doblemente injusta. Olvidaba que Arnold la habia amado apasionadamente, y que no sufrió tanto sino por conse-

cuencia de aquella lucha entre su amor y su desconfianza...

Cosa estraña. Jamás habia amado á su marido de veras; estaba apasionadamente enamorada de Mr. de Morville, y sin embargo el amor del príncipe por Berta la inquietaba.

Nada de mas absurdo, pero tampoco de mas comun que los celos de aquella.

Si el pensamiento de la señora de Hansfeld se detenia sobre Mr. de Morville, al instante estas tres palabras aparecian á su vista:

—«Si fuera viuda».

Y no se atrevia á confesarse que hubiera estado satisfecha, si una de las tentativas de Iris hubiese tenido buen éxito.

Ya lo hemos dicho. No puede haber cosa mas fatal que familiarizar un pensamiento con simples suposiciones que realizadas serian crímenes. Por mas monstruosas que parezcan en un principio, poco á poco el espíritu las admite, tanto mas fácilmente cuando que lisonjean mas é incesantemente los intereces que servirian.

Esto es funesto... La vista continua de

una empresa fácil despierta los apetitos sanguinarios mas adormecidos.

De vuelta á su casa, Paula reflexionó mucho tiempo en las palabras misteriosas de Iris, á propósito de la presentacion de Berta en el hotel Lambert.

—Ahora nada os queda que desear... Cuando os plazca vuestros votos serán cumplidos.

Un secreto instinto le decia que de las relaciones del príncipe, de Mr. de Brevannes y de Berta, podrian resultar graves complicaciones. ¿Mas qué podia ganar su amor por Mr. de Morville?

En este momento la señora de Hansfeld fue interrumpido por Iris.

—¿Qué quereis? le dijo bruscamente la princesa.

—Madrina, un hombre acaba de traer un sobre escrito dirigido á mi nombre; en este sobre escrito habia una carta para vos.

Paula tomó la carta y se estremeció.

Reconoció la letra de Mr. de Morville.

Este billete contenia únicamente estas palabras:

«Las circunstancias, señora, me obligan á tomar un partido estremo.., Confio esta carta á la casualidad, dirigiéndola á vuestra señorita de compañia. Un terrible y último golpe abruma al desgraciado, á quien os dignásteis alargar la mano... No ha desesperado aun de vuestra piedad; hoy con estas mágicas palabras, «Faust y Mansfred,» podreis si no volverle la vida, al menos endulzar su agonía»

Por un momento la señora de Hansfeld no comprendió la significacion de esta carta. Luego de improviso, dirigièndose á Iris:

—¿En qué dia estamos hoy?

—En jueves, madrina.

—Jueves... no, no es eso, le dijo la señora de Hansfeld. Habia creido... Mas añadió con ansiedad. ¿No es hoy el jueves que marca la media cuaresma?

Si, madrina... algunas máscaras han pasado ya por la calle.

—Oh! Eso es... eso es... esclamó la señora de Hansfeld, y corriendo á su escritorio, escribió estas palabras con precipitacion.

«Esta noche á las doce y media en el mismo sitio que la vez pasada, Faust y Manfred!... Una cinta verde en la esclavina del dominó.»

Luego cerrando y dando la carta á Iris, la dijo:

—Hé aquí la respuesta, mandadla...

Iris salió.

. . . . . .

La misma noche á las doce y media en el baile de la opera Leon de Morville y la señora de Hansfeld, disfrazados ambos como el dia de su primera entrevista, se encontraron en el fondo del corredor de los segundos palcos á la izquierda del espectador, y entraron en el salon donde habia tenido lugar la primera conversacion.

XXXVIII.

El casamiento.

La señora de Hansfeld, asustada del cambio que sufrieron las facciones de Mr. de Morville, y de la espresion de desesperado dolor que las contractaba, esclamó arrancándose la mascara que arrojo á sus pies:

—¿Qué ha sucedido, Dios mio?

—Una palabra... antes.—Dijo Mr. de Morville. No me habia engañado. . aquella misteriosa amiga... que me escribia sin darse á conocer...

—Era yo... Si, si, vuestro corazon adivinó... Mas en nombre del cielo, ¿qué hay?

Vuestra vida se halla acaso amenazada?

—Todo se halla amenazado, mi vida, mi razon, mi amor, mi honor.

—¿Qué decis?

—Digo que me mataré... que las pasiones mas malas desgarran mi seno... Digo que ya no me reconozco... Digo que á mi amor por vos quiero sacrificar todo lo que hay de mas santo, de mas sagrado entre los hombres... aun cuando debiera ser perjuro y parricida...

—Dios mio! me asustais...

—Paula... ¿me amais... como yo os amo?..

—¿No estoy aquí?...

—!Me amais?...

—Sí... oh! sí...

—Paula... huyamos.. venid... venid.

—¿Y vuestros juramentos?

—¿Qué importa?

—¿Y vuestra madre?

—¿Qué importa!

—¿Ah! ¿Qué decis?...

—Venid, os digo... este amor es fatal... que nuestro destino se cumpla.

—Por favor, calmaos... Pensad en lo

que me escribiais hace pocos dias: «un obstáculo insuperable nos separa.»

—Yo no quiero pensar en nada... os amo... os amo..... Este amor ha sufrido todas las pruebas, ha crecido en el silencio, ha resistido á vuestra indiferencia afectada, ha penetrado vuestra ternura oculta, me ha vuelto indiferente á la que amaba, desdeñoso por lo que veneraba... abrasa mi sangre, enagena mi razon, inunda mi alma... Paula, si me amais, huyamos, ó muero!...

—¡Dios mio! amigo mio, ¿creeis ser solo en sufrir asi?.... sufrir... ¡Oh! no ahora puedo despreciar una vida de tormentos... puedo morir... He sido amada, como en mis sueños, habia querido ser amada... amada con delirio; amada sin reflexion, sin escrúpulo, sin remordimientos; amada con tanta ceguedad que ni aun pensais en la enormidad de los sacrificios que me ofreceis en la profundidad del abismo en que quereis precipitarnos....

—Paula, Paula, no me hableis asi, no me volvais loco. No sabeis... no, no sabeis lo que es el ser arrastrado por un so-

lo pensamiento, que absorbe todos los otros pensamientos en su corriente, cada vez mas ancha, mas rápida, mas profunda.. Yo que hasta hoy llevara mi frente altiva.... ya la inclino: hay miradas que evito.

—¿Vos?... ¿vos?...

—¿Sabeis lo que me he dicho tantas veces... desde que un juramento, que ya no quiero cumplir, me obligaba á alejnrme de vos?

—No hableis asi.

—Y bien? Pensando en la débil salud del príncipe me dije: si el señor de Hansfeld moriria, su muerte me fuera indiferente.... Y luego... Si su vida dependiera de mi... le dejaria perecer... Y en fin dige mas... Dije... Mas no, no, nunca me atreveré á deciros eso.... Aun á vos... os causaria horror... Ah! Maldito sea el dia en que por primera vez consebí esta idea.

Y Mr. de Morville ocultó la cabeza entre sus manos.

Las últimas palabras que acababa de pronunciar debian resonar mucho tiémpo en el corazon de Paula.

Estaba á la vez horrorizada, y sin embargo casi feliz de la estraña complicidad moral que hacia á Mr. de Morville, á él, hasta entonces tan leal, tan generoso, partícipe de sus votos homicidas contra el príncipe. En aquella subversion completa de las ideas del hombre de quien era adorada, vió una nueva prueba de la influencia que en él ejercia.

—Mas por una de esas contradicciones, de esos rendimientos tan familiares á las mugeres, la señora de Hansfeld se prometió hacerlo todo, para alejar en adelante y para siempre semejantes ideas del espíritu de Mr. de Morville, y esto, acaso porque desde aquel momento mismo tomaba ella las mas criminales resoluciones. Sucediera lo que sucediera, no queria que Mr. de Morville pudiera acusarse un dia de los votos que formara en un momento de estravio.

Mr. de Morville habia ocultado la cabeza entre sus manos, con abatimiento; la señora de Hansfeld le dijo con tono dulce y firme.

—Yo tendré valor por vos y por mí; os

recordaré los juramentos en otro tiempo tan poderosos sobre vos; ni aun la violencia de vuestro amor debe haceroslos olvidar. Por favor volved en vos... Hablais de nuevas penas.... cuáles son? El estado de vuestra madre es acaso mas alarmante?

—Eh! què importa?

—Ah! no hableis asi. Creedme.... una muger puede envanecerse viendo su influencia, superior por un momento á los mas nobles principios..., pero con la condicion de que estos principios volvieran á tomar su curso. Tendria horror de vos y de mi si en lugar del corazon generoso que he querido sobre todo, no encontrara ahora mas que un corazon egoista y seco... ¿Debe ser eso el fruto de nuestro amor?

Mr. de Morville meneó tristemente la cabeza.

—Ay! Lo temo, dijo con voz sorda. Yo no tengo la fuerza de resistir al torrente que me arrastra... Nada de lo que antes veneraba es ahora capaz de contenerme... Ante todo, vuestro amor.... Perezca el resto. .

—Felizmente... tendré yo el valor que

os falta...

—Ah! no me amais...

—No os amo?... Mas dejemos esto. Decidme bajo qué exaltacion estabais cuando me escribisteis aquella carta que me ha asustado tanto, y que me ha hecho venir aquí... esta noche...

—No sabiendo como dirigirosla, he contado con la fidelidad de vuestra señorita de compañía... Por otra parte vos sola podiais comprender mi billete, y aunque hubiese caido en poder de Mr. de Hansfeld no os hubiera comprometido.

—He reconocido en eso vuestro tacto acostumbrado... ¿Mas la causa de ese billete?...

—Vuestra serenidad me averguenza... Tambien tendré yo valor... y os estoy mil veces agradecido porque asi me llamais á mi mismo... ¡Y bien! Ved aquí lo que viene de nuevo á afligirme... Ayer mi madre... me hizo llamar... Estaba mas débil y mas doliente que de ordinario... No me atrevo á pensar que desde algun tiempo soy menos cariñoso para ella.

—¡Ah! No sabeis el dolor que me cau-

sais hablándome asi...

—Despues de algunos momentos de duda, me dijo mi madre que sentia agotarse sus fuerzas... que le quedaba poco tiempo que vivir... que esperaba de mí una prueba suprema de sumision á sus voluntades... que se trataba de la tranquilidad de sus últmos instantes. La rogué que se esplicase. Me dijo que uno de nuestros aliados, que no nombró, uno de sus mas antiguos amigos, tenia una hija encantadora, perfecta.

—Todo lo comprendo, dijo la señora de Hansfeld con entereza, continuad, os lo ruego.

—¡Continuar! .. ¿Y que mas os diré? Mi madre ha querido hacerme prometer que mi matrimonio se haria antes de su muerte, es decir, muy en breve. Me he negado á ello; me ha preguntado si tenia que hacer la menor objecion sobre la hermosura, el nacimiento, las cualidades de esta jóven. He reconocido, lo que es verdad, que es perfecta en todos puntos, mas he declarado que no queria de ningun modo casarme... Entonces prorumpió en llanto... Las emociones vivas le son tan funestas,

que se desmayó... Creí, Dios mio! que iba á perderla: volví á encontrar mi ternura de otro tiempo... Al recobrar sus sentidos, mi madre me estrechó la mano y con una bondad que me desgarraba el corazon, me ha pedido perdon de haberme contrariado por sus deseo, de los cuales no me volveria á hablar mas... Mas lo sé, le he dado por mi denegacion un golpe doloroso... No me atrevo é prever sus consecuencias... ¡Habia fundado tan grandes esperanzas en ese casamiento!

—Ayer su estado se agravó: la encontré profundamente abatida... No me ha dicho una palabra relativa á esta union... Mas á pesar de su dulce y triste sonrisa, he leido su pena en su mirada; me retiré con el corazon acongojado. Su salud desfalleciente no resistirá acaso á tan violento choque... ¡Y bien! Decid, Paula, ¿existe un destino mas desgraciado que el mio? Mi cabeza se pierde; ¿no bastaba hallarme separado de vos por un juramento solemne? Me prohibia el presente; pero al menos me dejaba el porvenir. Ahora seria preciso para hacer la agonía de mi madre mas

dulce, que me resignase á este casamiento odioso, imposible, pues destruiria hasta las débiles esperanzas que me restan.... Pero no; eso no será nunca; no, mil veces no. Paula, si me amais, si sois capaz de sacrificaros á mí tanto como yo me sacrifico á vos, no tendremos que sonrojarnos el uno del otro.

—No, pues ambos habremos hollado nuestros juramentos y nuestros deberes, dijo Paula interrumpiendo á Mr. de Morville.

—Huiremos al cabo dal mundo, y...

¡Y la primera efervescencia del amor pasado, el ódio, el desprecio que sentiremos el uno por el otro, vengarán á aquellos á quienes habremos sacrificado. Mi pobre amigo, vuestra razon se estravia.

—¿Mas qué quereis que haga?

—Que no seais perjuro...; que no apresureis la muerte de vuestra madre.

—Renunciar á vos, casarme..... ¡Jamás!... Jamás!

—Escuchadme bien, Os declaro que no podré amar á un hombre cobarde y perjuro, aun cuando fuese por mi por quien

fuese perjuro y cobarde. Mi amor propio de muger está satisfecho con que durante algunos momentos la pasion haya vencido al deber: esto me basta. Habeis jurado no decirme jamas una palabra que pudiera conducirme á olvidar mis deberes: cumplid vuestro juramento.

—Mas...

—Yo lo cumpliré por vos si intentais olvidarlo.

—¿Y ese casamiento? dijo Mr. de Morville con amargura: ese casamiento... ¿me aconsejais sin duda que consienta en él?

—No...

—No? ah! ya no lo dudo... me amais!

—Si os amo! Ah! Creedme: ese casamiento me daria un golpe aun mas cruel que á vos, dijo Paula con emocion. Mas, añadió, es preciso consolar á vuestra madre, no negaros positivamente á obedecerla.... contemporizar... decirle que habeis desistido de vuestra primera resolucion. Pero que quereis reflexionar antes de tomar una determinacion tan grave... Ganar tiempo, en fin.

—Pero y luego, y luego?

—Ah! Sabemos lo que pertenece al porvenir. Demos gracias á la suerte, de la hora, del minuto presente. Mañana no es nuestro,

—¿Mas cuando podré escribiros ó volveros á ver? ¿Cuál será el fin de este amor, que me aburre, me devora, me mata?

—Y tambien á mí me devora, me aburre, me mata, No sois solo en sufrir... ¿no es bastante?

—Mas ¿qué esperar?

—Qué sé yo! amar por amar... ¿lo teneis en nada?

—Pero que pueda al menos veros alguna vez en vuestra casa, encontraros en la sociedad.

—En mi casa no; en la sociedad vuestro juramento se opone á ello.

—¡Ah! os mostrais sin piedad.

—Calmad á vuestra madre, no con promesas sino con contemporizaciones. Dentro de ocho dias os escribiré.

—¿Para decirme?...

—Ya lo vereis... Acaso sereis mas feliz que lo que esperais.

—¿Seria posible? ¡Ah! hablad, hablad.

—No os apresureis en concebir locas esperanzas por mis palabras. Acordaos bien de esto. Iamás sufriré que falteis á la fé jurada... Mas como os amo apasionadamente...

—¿Y bien?

—Lo demás es un secreto.

—¡Oh! qué cruelsois!

—Oh! bien cruel, pues quiero que mañana me escribais que vuestra madre está mas aliviada. ¡Seré en ello tan feliz! Pues me reprendo amargamente sus penas. ¿No soy yo quien las causo involuntariamente?

—Os lo promento. ¿Y vos en recompensa?

—Dentro de ocho dias sabreis mi secreto. Siento el no poder recibiros en mi casa. Vamos á romper, creo, nuestras costumbres de retiro. Mr. de Hansfeld me ha rogado que reciba varias personas, entre otros á Mr. de Brevannes y á su esposa. ¿Los conoceis?

—Veo algunas veces á Mr. de Brevannes. Dicen que su muger es encantadora.

—Encantadora, y temo que haya comprometido la tranquilidad de mi marido.

—Qué decis?

—Lo creo seriamente ocupado de la señora de Brevannes.

—¿El príncipe?

—Es completamente dueño de sns acciones como yo lo soy de las mias.

—Y ¿rehusais recibirme en vuestra casa, cuando vuestro marido?...

Paula interrumpió á Mr. de Morville.

—Os lo rehuso en primer lugar, porque habeis jurado no presentaros nunca en mi casa, y luego, buena ó mala la conducta de mi marido, no debe en nada influir en la mia, hay ciertas delicadezas de posicion que debeis apreciar mejor que nadie. Dentro de ocho dias sabreis lo demas.

—Dentro de ocho dias... ¿y no antes?...

- No.

—¡Cuán desgraciado soy!

—¡Bien desgraciado en efecto! Venis aqui afligido, desesperado, echandoos en

cara vuestra dureza para con vuestra madre, olvidando lo que un hombre como vos no debiera jamás olvidar; os calmo, os consuelo, os ofrezco los medios de contemplar las voluntades de vuestra madre sin destruir nuestros intereses...

—Si, si, teneis razon. Perdonad, vine aquí con miserables pensamientos. Me habeis hecho sonrojar, me he elevado á mis propios ojos, me habeis llamado al honor, á la fe jurada, á lo que debo á mi madre... Gracias, gracias; teneis razon; ¿por qué pensar en mañana cuando la hora presente es dichosa? Gracias por haber venido aun cuando os he dicho que estaba abrumado por el dolor por la desesperacion. Hace un momento estaba desolado: ahora me siento lleno de fuerza y de esperanza. El corazon me late noblemente: me habeis salvado la vida, me habeis salvado el honor, templado al fuego de vuestro amor, mi valor se multiplica: me siento amado, cierro los ojos y me dejo conducir por vos. Mandad, obedezco, ya no tengo voluntad; os confio la suerte de este amor en quien

cifro mi vida y que hace toda la vuestra.

—¡Oh! si toda mi vida! esclamó la señora de Hansfeld con una exaltacion contenida hasta entonces.

—Teniendo en mi una confianza ciega vereis lo que puede una muger que sabe amar. Mañana escribidme el estado de vuestra madre, y dentro de ocho dias sabreis mi secreto. Hasta entonces, salvo la carta de mañana, ni una palabra... así lo exijo...

—¿Ni una palabra? ¿y por qué?

—Ya lo sabreis; ¿me prometeis lo que os pido... á nombre de nuestro amor?...

—Os lo prometo.

—Ahora, adios.

—¿Ya?

—Es preciso. ¿No es bien imprudente el estar yo aquí?

—Adios, Paula. Vuestra mano...un beso... uno solo...

—¡Y vuestro juramento!... dijo Paula, poniéndose la máscara sin querer quitarse el guante.

Salió del palco, atravesó la multitud y

dejó el teatro.

Iris la esperaba en el fiacre como la vez anterior.

Durante el camino, la señora de Hansfeld pareció sombria y taciturna. Volvió al hotel Lambert por la puerta secreta y subió á su aposento acompañada de Iris.

El amor apasionado de Paula por Mr. de Morville habia llegado á su parasismo. Sentia capaz de las mas funestas determinaciones. Su razon estaba casi estraviada. Temia sobre todo, que Mr. de Morville, á pesar de su repugnancia por el casamiento que se le proponia, no se decidiese á él, vencido por los ruegos de su madre moribunda. Acaso podria él ganar algun tiempo, pero antes de ocho dias todo debia haberse decidido para Paula.

Iris viendo la sombria preocupacion de su ama adivinó la causa de ella y le dijo, despues de un largo silencio, enseñándole un alfiler de oro y de perlas:

—Madrina, acordaos de mis palabras... Cuando querais que el pensamiento que no osais confesar, se realice, sin que vos ni

yo tengamos la menor parte en su egecucion, dadme ese alfiler: pocos dias despues nada tendreis que desear... Desde que os hablé, la idea ha echado raices en donde la sembré; ha crecido, y bien pronto estará madura. Lo repito este alfiler, y podreis casaros con Mr. de Morville.

—Este alfiler? Dijo la señora de Hansfeld palideciendo, tomando la jova y contemplándola durante algunos momentos con horrible ansiedad.

—Ese alfiler dijo Iris avanzando la mano para cogerle, resplandeciente la mirada de un brillo salvage.

La señora de Hansfeld sin levantar los ojos dijo con voz baja y temblorosa:

—Lo que decís, Iris, es una siniestra mistificacion, ¿no es verdad?... Es imposible... ¿Cómo podriais vos?...

—Dadme el alfiler... no os cuideis de lo demas.

—Estaria loca si os creyera! Por què milagro!...

Así diciendo, Paula, apoyada sobre la chimenea y sin dejar el alfiler, le habia maquinalmente y como jugando, acercado á

la mano de Iris estendida sobre el mármol.

La bohema asió vivamente el alfiler.

La princesa horrorizada se lo arrancó con violencia ecclamando:

—No, no; eso seria horrible... Oh! jamás... Mueran antes todas mis esperanzas...

XXXIX.

El libro negro.

Dos dias despues de la entrevista de la señora de Hansfeld y de Mr. de Morville en el baile de la Opera, Iris llevó, segun

su promesa, el libro negro á monsieur de Brevannes que leyó las líneas siguientes atribuidas á la princesa:

«Esta entrevista me ha turbado tanto, que á penas puedo reunir mis recuerdos. Tiemblo al acordarme de lo que he prometido á Mr. de Brevannes, de lo que yo le he dejado acaso adivinar...

«¡Cuál es el poder de ese hombre! Fuí bien resuelta á ser para con él de una frialdad desapiadada..... Apenas lo ví lo olvidé todo..... hasta sus amenazas...

¡Qué fatalidad para mi desgracia le ha conducido aquí?...

«No, no, yo no le amaré...

«Me causo horror á mi misma... ¡Cómo! En presencia del asesino de Rafael no siento ni odio ni furor... ¡Oh! ¡Oprobio sobre mi!... Ha conocido mi debilidad ..

«¡Ay! Qué hacer...! Cuando oigo su voz....; cuando su ardiente mirada se fija en mí... mis resoluciones mas firmes me abandonan... Solo pienso en escucharle, en contemplarle.

«Es tan hermoso, de esa hermosura varonil y audaz, que la primera vez que le ví

me dejó una impresion profunda... indeleble... Todo en él anuncia uno de esos hombres apasionadamente enérgicos... que aman... como yo sabria amar...; como nunca he sido amada... Oh! Si mi voluntad y la suya estuviesen unidas, ¿á qué termino do felicidad no llegariamos...?

«Bendito sea este libro... Puedo decirle lo que no osaré decir á ninguna criatura humana...; lo que ni aun osaria leer en alta voz.

«Ha querido presentarme á su muger... De antemano la aborrezco... y sin embargo, á ella es á quien deberé el recibir un dia á su marido... Mas esta sombra de reconocimiento que le debo me irrita contra ella: es su felicidad la que envidio... lleva el nombre de ese hombre que ejerce sobre mí tan increible influencia; ese nombre que yo no puedo oir sin turbacion... ¡Oh! esa muger... la aborrezco... la aborrezco... es demasiado feliz...

«Y por otra parte, ¿por qué sonrojarme de mi amor? Jamás será culpable..... pues jamás será feliz...

«Mi ambicion de corazon es demasiado

grande... jamás sabrá «él» lo que hubiera sido para mí. ¡Si los dos hubiéramos sido libres! ¡Oh! ¡qué sueño! ¡qué paraiso!

«La pasion que esperimento es demasiado poderosa, demasiado inmensa, para descender hasta las mentiras á que nos viéramos reducidos «él» y yo, si buscásemos los placeres de un amor vulgar... No, no .. Pertenecerle á la luz del dia... á la faz de todos, llevar su nombre noblemente y con orgullo...; ó sepultar mi desgraciado amor en lo mas profundo de mi corazon... Ningun poder humano podria hacerme salir de una de estas dos alternativas.

«Y como él y yo llevamos las cadenas del matrimonio... ¡cadenas bien pesadas!.., como la casualidad libertando á uno de los dos, no libertaria al otro .. mi vida no será mas que un prolongado gemido... un prolongado suplicio. . Lo que digo es verdad; ningun interés tengo en mentirme á mi misma... conozco bastante la fuerza de mi carácter para estar segura de mi resolucion.

«Y luego, «él» tiene tambien tanta ener-

gía, tanta voluntad, que me hago digna de «él,» imitándole en su voluntad, en su energía, aun cuando la emplee en resistirle.

«¡Oh! No sabe «él» lo que es poderse decir que se ha resistido á un hombre como él.

«Esperimento un poderoso encanto en trazarme asi pensamientos que ignorará siempre, en ser en estas muda confidencias, tan tierna, tan apasionada por él, como fria y reservada seré en su presencia. Estoy contenta de mi última prueba sobre este particular... ¡Con qué aire glacial lo recibí!

«¡Pero tambien qué valor me fué preciso!... Sin la presencia de Iris, me hubiera mostrado aun mas fria, pero como se hallaba allí, estaba tranquila.

«Esta muchacha me inquieta, me rodea de desvelos. Sin embargo, no sé qué vago pensamiento me dice, que su conducta es una hipocresía. Es sombría, distraida, preocupada. ¿Qué le he hecho yo? Algunas veces, es verdad, en mis momentos de tristeza, la trato un po-

«

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

co bruscamente... Pensaré en ello... La vigilaré...

«¿Qué acabo de saber?... No, no, es imposible...

«Su muger... ¡Berta de Brevannes le sería infiel!...

«¡Oh! ¡Lo engaña indignamente!... ¡La miserable!... ¡Con su aire dulce é ingenuo!... ¿Qué no sabe acaso lo que es el ser asaz dichosa, asaz gloriosa para llevar su nombre?... El... él, engañado... como el último de los hombres... El ridiculizado.... mofado acaso.... No se lo que siento á esta idea que jamás me ocurriera...

«¡Oh! Estoy loca... loca... Esto no es amor, es «idolatría.»

El supuesto libro confidente de la señora de Hansfeld se hallaba pérfidamente interrumpido en este pasage.

Al leer estas últimas palabras que se referian á una pretendida infidelidad de Berta, Mr. de Brevannes dió un rugido de dolor y de rabia.

Por la misma razon que la lectura de la primera parte del Diario le habia hecho sen-

tir todos los encantos del orgullo, y del orgullo exaltado hasta el mas alto grado, y aquel golpe le fué mas doloroso aun. Estaba fuera de sí, pensando en que hacia acaso un papel ridículo á los ojos de Paula. Conocia bastante á las mugeres para saber, que si les es dulce, muy dulce, robar un marido ó un amante á un corazon fiel, se cuidan muy medianamente de servir de venganza, de represalia á un hombre engañado.

La misma Iris se asustó de la espresion de odio y de cólera que contrajo las facciones de Mr. de Brevannes cuando hubo leido aquel pasage del libro negro. Se separó del marido de Berta, bien segura de haber dado el golpe donde queria darlo.

En efecto, dejó á Mr. de Brevannes en un estado de exaltacion que fuera imposible pintar.

Por un lado se lisonjeaba de ser amado de la señora de Hansfeld con una increible energía; mas tenia cuasi la certeza de no poder obtener nada de una muger tan resuelta, que hallaba en la violencia misma

de su amor la fuerza de resistencia que pensaba desplegar, queriendo y creyendo firmemente probar su pasion por las obstinadas denegaciones de que se gloriaba.

Por otra parte su sangre hervia de furor al pensar que Berta le engañaba, que acaso en aquel momento era ya el objeto de los sarcasmos del mundo. Las menores circunstancias su última conversacion, con Berta le vinieron á la imaginacion, halló en ellas la confirmacion de las sospechas que algunas líneas del libro negro acababan de despertar.

No sabia qué resolver. Al dia siguiente debia presentar á su muger en casa de la señora de Hansfeld: le era en consecuencia preciso contemplar á su muger hasta despues de esta presentacion que miraba como importante para el porvenir de amor; mas ¿cómo se contendria hasta entonces, él, siempre acostumbrado á hacer bajo el menor pretesto soportar á su muger sus accesos de mal humor?

En vano buscaba quién podria ser el cómplice de su infiel muger. Despues de madu-

ras reflexiones se acordó de la aficion al retiro que Berta afectara recientemente, y se persuadió que esta se abandonaba á algun oscuro y vulgar amor.

Iris, con su infernal sagacidad, habia justamente en el libro negro hecho insistirá Paula sobre la dicha y el orgullo que hubiese tenido en llevar el nombre de Mr. de Brevannes... y era aquel mismo nombre el que Berta cubria de oprobio.

El lazo estaba demasiado hábilmente tendido para que aquel hombre vano, celoso, orgulloso, y de una maldad cruel cuando se heria su amor propio, para que aquel hombre, decimos no diera en él, y no entrara, en un órden de ideas, necesarias al diabólico plan de Iris ..

En efecto, despues de haber pasado por todos los grados de la cólera, y de haberse mentalmente abandonado á las mas violentas amenazas contra Berta y su cómplice desconocido, de improviso, monsieur de Brevannes, con una especie de alegria feroz, se calmó, se apaciguó, mas que satisfecho de la traicion de Berta:

solo le quedó un temor... el de no poderse procurar las pruebas flagrantes de su deshonor . . . . . .

. . . . . .

Juzgó necesario á sus proyectos ocultar á la señora de Brevannes la denunciacion que se le hiciera para espiar sus menores pasos; queria adormecerla en la mas profunda seguridad.

Asi que al dia siguiente (dia de la presentacion de Berta á la señora de Hansfeld) Mr. de Brevannes entró en el aposento de su muger despues de haberse hecho preceder por un enorme ramillete y por un encantador adorno de flores naturales.

XXXX.

Conversacion.

Berta, poco acostumbrada á semejant atenciones de parte de Mr. de Brevannes

fue doblemente sorprendida de aquel regalo de flores, sobre todo despues de la escena de la vispera, en que su marido se mostrara tan grosero.

No se admiró menos al ver su aire dulce y contrito; mas en su ingenuidad se dejó bien pronto engañar por la falsa sonrisa de bondad que templaba en aquel momento la rudeza habitual de las facciones de Mr. de Brevannes.

Aun cuando hizo todo cuanto le fué posible por no ir al hotel Lambert por temor de ver á Mr. de Hansfeld, Berta se sentia enteramente culpable ocultando á su marido las entrevistas que tuviera con Arnold en casa de Pedro Raimod; asi es que á la menor buena palabra de Mr. de Brevannes se exageraba aun mas sus faltas.

Y asi con alguna confusion le mostró el agradecimiento por las flores que le habia enviado.

—En verdad, Cárlos, le dijo, sois mil veces bueno; me mimais. Este ramillete es magnífico y el adorno de camelias está demás.

—Teneis razon, querida amiga, no teneis necesidad de todo eso para ser encantadora... Mas no he podido resistir al deseo de enviaros esas flores á pesar de su inutilidad. Me alegro muchísimo que esa ligera atencion os haya causado placer... Tengo tanto que hacerme perdonar...

—¿Qué quereis decir?

—¿Sin duda, no estaba ayer brusco, regañon? ¿No he hecho, en fin, todo lo que hay que hacer para ser execrado? Mas los maridos son siempre asi.

—Os aseguro, Carlos, que habia olvidado completamente...

—Sois tan buena, tan generosa... Verdaderamente algunas veces no sé cómo he podido desconocer tan preciosas cualidades.

—Carlos, por favor...

—No, de veras... eso me esplica la increible, la ciega confianza que he tenido en vos, salvado algunos accesos de celos infundados. Sobre todo, no podeis imaginaros cuanto ha aumentado mi confianza la conversacion de ayer.

—En el primer momento, lo confieso... La franqueza de vuestros temores me asustó un tanto... Mas con un poco de reflexion, ví en ella las mas sérias garantías para el porvenir, y una prueba mas de vuestra escelente conducta...

—Os lo ruego, no hablemos mas de eso, dijo Berta con un embarazo que no escapó á su marido.

—Al contrario, hablemos mucho de ello: ese será mi castigo, pues confieso mis faltas. ¡Qué estúpido fuí en mostrarme ofendido por vuestra franqueza! .. ¿Por qué no ha de tenerse la modestia del honor como la modestia del talento? Si os hubiese rogado que cantáseis en un salon, en presencia de un numeroso concurso, ¡me hubierais dicho: «Estoy segura de cantar admirablemente bien...»? No; hubierais manifestado toda especie de temores... Y sin embargo, pocos talentos igualan el vuestro en este arte... Y bien! me habeis hablado con la misma modestia de uestra futura condicion en el mundo, á donde os conduzco por fuerza; me habeis dicho con razon: «Tengo deseo de permanecer fiel á mis deberes; pero te-

mo las seducciones del mundo y mas quiero huir el peligo que combatirlo...»

—Aun una vez, os ruego que no hablemos mas de esto dijo Berta verdaderamente conmovida por la bondad de su marido...

—Oh! No cederé en este punto, respondió este. Quiero probaros que me obstino en el bien como en el mal; mi franqueza igualá á la vuestra... lo que no es poco decir, y sabreis hoy lo que no os dije ayer.

—¡Qué quereis decir?

—Os hablo rara vez de mis asuntos; mas hoy me perdonareis si entro en algunos detalles.

—Dios mio.... Os ruego...

—Uno de los parientes de la princesa de Hansfeld se halla en una posicion muy elevada en Austria, y puede servirme mucho haciendo obtener importantes privilegios á una compañia industrial, en la cual tengo comprometidos capitales bastantes considerables. Haciéndome presentar á la princesa, rogandoos que seais amable con ella, ya lo veis, obro un poco por interés... Mas este interés es tambien el vuestro... puesto

que se trata de nuestra fortuna.

—Dios mio, ¿por qué no me disgisteis eso ayer?

—Os hubiera dicho probablemente; pero la persistencia de vuestra denegacion me contrarió; ya sabeis qué mal carácter tengo; perdí la cabeza... y nos separamos casi enfadados, y no he tenido ocasion de instruiros en este asunto.

—Si así es, Carlos, creed que haré cuanto esté en mi poder por ser agradable á la princesa, puesto que se trata de nuestros intereses. De este modo tedré un motivo de ir á su casa, y temblaré mucho menos de los peligros que tuve la vanidad de temer.

—Ved, hija mia, lo que tiene el entenderse; todas las dificultades se aflaman... ¡Oh! ¿Por qué no he de corregirme de mis vivacidades? ¡Se esplica uno tan mal cuando está enfadado!... Pero mirad, puesto que estamos en confianza...

—Os suplico... Si supierais cuánto me conmueve, ese lenguage tan malo para mí.

—Carlos, no os comprendo.

Despues de un momento de silencio, monsieur de Brevannes prosiguió:

—Escuchadme, hija mia; se puede amar á su muger de dos modos: como querida ó como amiga. Durante mucho tiempo, os he amado como querida; faltas que no quiero negar, pero que habeis castigado con una decision irrevocable, solo me permiten amaros como amiga. Mas para pasar del uno de estos sentimientos al otro, la transicion es dolorosa..., sobre todo, cuando es preciso renunciar á una querida tan encantadora como vos.

—Por favor...

—El sacrificio está hecho... y es á mi amiga, á mi sincera amiga á quien hablo, á quien hablaré en adelante.

Mr. de Brevannes disimuló tan perfectamente sus pérfidos designios, y dijo estas palabras con una voz tan penetrante, que una lágrima asomó á los ojos de Berta, La confesion de sus faltas le vino á los labios. Tomó la mano de su marido, la estrechó cordialmente entre las suyas, y respondió:

—Y en adelante, vuestra amiga hará

cuanto esté en su poder para ser digna de...

—Basta, hija mia, dijo Mr. de Brevannes, interrumpiendo á Berta. Ya sé todo lo que valeis.. y que estoy siempre seguro de ser entendido cuando me dirijo á vuestra delicadeza... Mas permitid que termine lo que tengo que deciros.... Por la misma razon que hay dos modos de mostrarse celoso...

—No os cemprendo, amigo mio.

Eso es lo que temo, sobre todo á propósito de algunas de mis palabras de ayer, que habeis acaso interpretado mal.

—¡Cómo!

—Sin duda. Desgraciadamente nuestra conversacion subió de repente á un tono tan alto, que todo se elevó en proporcion, cuando os hablé de la diferencia de los celos del amor y del orgullo. Queria decir, que no se está celoso del mismo modo, cuando vuestra muger es vuestra amiga que cuando es vuestra querida. En el primer caso el corazon sufre; en el segundo es el orgullo no tiene como el amor, accesos de ternura, que calman y endulzan las mas

dolorosas heridas... ¿Me comprendeis?

—Mas...

—Aun no, ya lo veo. Quisiera hablaros mas francamente... Nas temo esplicarme mal y ofenderos acaso.

—Hablad... no temais nada.

—¡Y bien! Escuchadme, hija mia. Desde mucho tiempo, solo sois para mí una amiga; pero teneis apenas 22 años. Esas seducciones de que me hablasteis teneis razon en temerlas... Nadie, como vos, puede verse espuesta á ellas... Pues mi conducta, no lo niego, pudiera, si no autorizar, al menos escusar vuestras faltas.

—¡Ah! Caballero... ¿Podeis pensar?..

—Dejadme acabar... Si siempre he tenido el derecho de ser, como soy, horriblemente celoso por orgullo, es decir celoso del esterior, de las apariencias de vuestra conducta, he perdido por desgracia el derecho de ser celoso de vuestro corazon. Yo solo he sido causa de vuestra tibieza por mis infidelidades, por mis durezas Seria, pues, soberanamente injusto y absurdo de mi parte, no diré exigir sino esperar que á vuestra edad vuestro corazon se cier-

re para siempre al amor.

Berta miró á su marido con estupor.

—Todo lo que exijo, todo lo que tengo derecho de esperar de mi amiga, añadió, y en este punto seré siempre inexorable es, que por su conducta esterior, respete tan escrupulosamente el honor de mi nombre como si fuese para ella el mas querido de los amantes. En una palabra, hija mia, vuestra vida pública me pertenece, porque llevais mi nombre; la vida de vuestro corazon debe estar para mí cubierta de un espeso velo, puesto que he perdido el derecho de interesarme en ella. Todo lo que os digo parece admiraros. Sin embargo, reflexionad bien; acordaos de nuestra conversacion de ayer, y vereis que os dije sobre poco mas ó menos las mismas cosas... Solo el tono difierente... Para resumirme en dos palabras: desde este dia teneis vuestra libertad completa, absoluta: os pertenecеis toda entera... estamos separados, si no de derecho, al menos de hecho...Mas por lo mismo que nuestra íntima libertad es mas absoluta, debeis llevar hasta el último escrúpulo la estricta obsesvancia de

nuestros deberes aparentes; y os lo repito, me hallareis tan tolerante ó mas bien tan ignorante, á propósito de vuestros intereses de corazon, cuanto á consideraciones sociales.

—Meditad bien esto, hija mia. Desde hoy nuestras posiciones se hallan perfectamente decididas. Sin duda tendré mas necesidad que vos de esta mútua tolerancia que acabamos de concedernos por nuestros asuntos de corazon... mas no he llegado aun á las confidencias; y mas tarde tendré acaso que solicitar la indulgencia, os pediré el permiso de ausentarme y de dejaros sola... Dentro de algunos dias partiré para un viage muy corto, pero muy importante.

—Partis .. partis... ¿En este momento?

—Por muy poco tiempo, os digo... Negocios urgentes... Mas durante esta ausencia, os confiero mis intereses acerca de la señora de Hansfeld, bien seguro de que no podria ponerlo en mejores manos... Vamos, hija mia Hasta la tarde, Poneos bien linda... pues si no tengo mas mi vanidad de amante, tengo mi vanidad de marido.

Esto diciendo, Mr. de Brevannes besó á Berta en la frente y salió.

Algunos momentos mas, su odio y su rabia estallaran á pesar suyo.

Las mil emociones que se pintaron en la cándida fisonomía de Berta, mientras que hablaba su marido; la especie de gozo involuntario de que un momento despue se avergonzó, pero que no pudo ocultar cuando la volvió su libertad; su vaga inquietud, sus esperanzas, ora escitadas ora contenidas, todo reveló á Mr. de Brevannes la situacion del corazon de Berta.

Ninguna duda le quedaba. Berta amaba, era demasiado sagaz para equivocarse.

Tenia un rival... Su muger lo engañaba.

Por lo tanto, con secreta y sombría satisfaccion, se aplaudió de haber sumergido á la señora de Brevannes en la mas completa, en la mas profunda seguridad.

XXXXI.

Resolucion.

La pasion de la señora de Harsfeld por Mr. de Morville habia redoblado de violencia despues de su última entrevista en el baile de la ópera.

Era este amor en Paula una estraña mezcla de nobles exaltaciones y de funestos proyectos. Hubiera creido envilecer al hombre que amaba, permitiendo que fuese perjuro, y estaba por otra parte resuelta, si no á urdir, al menos á dejar tramar un infernal complot contra los dias de su marido para poder casarse con Mr. de Mor-

ville sin que este faltase á sus juramentos.

En vano Paula queria permanecer agena á esta maquinacion, cuyos resultados apenas entrevia. La violencia misma de sus vacilaciones, de sus temores, de sus anticipados remordimientos le hacia sentir la parte criminal que tomaba en aquella horrible accion, únicamente concebida en provecho de su amor.

Cosa estraña sin embargo!... Si las revelaciones de Iris hubieran tenido lugar algunos meses antes cuando el príncipe esperimentaba todo el primer ardor de su pasion por Paula, pasion á la vez tan ciega y tan perspicaz que no pudo debilitarse por la aparente evidencia de los crímenes de su muger, cuya inocencia presentia; si las revelaciones de Iris, decimos, hubieran tenido lugar, cuando el solo obstáculo que Paula pudiera oponer al amor del príncipe fuera el recuerdo de Rafael... Rafael siempre llorando... siempre adorado, ¿qué hubiera sucedido?

Arnold hubiera reconocido la inocencia de Paula, y Paula el indigno engaño de Rafael.

¿Qué de probabilidades entonces de que la señora de Hansfeld correspondiera al amor de su marido que tanto merecia ser amado, y que se mostraba tan valerosamente enamorado? A fuerza de desvelos, de ternura se hubiera hecho perdonar el príncipe unas sospechas que ocultó tan generosamente. Paula hubiera en efecto reconocido cuán obstinada pasion fué preciso á su marido para continuar amándola á pesar de tan funestas apariencias. La vida mas feliz se hubiera entonces abierto ante los dos esposos.

Desgraciadamente las revelaciones de Iris llegaron demasiado tarde; mas desgraciadamente aun Mr. de Hansfeld amaba á Berta, y la señora de Hansfeld á Morville. Este doble amor hacia su posicion intolerable.

La señora de Hansfeld debia quedar para siempre encadenada á un hombre que ya no la amaba. Este hombre amaba á otra muger, y para hacer olvidar á Paula las odiosas sospechas de que la hiciera víctima, solo podia ya rodearla de miramientos frios y molestos.

Y separada de él por un obstáculo insuperable, veia á traves del prisma encandor del amor, un hombre jóven, hermoso, espiritual, apasionado... tan apasionado que habia querido sacrificarle estas dos religiones á su vida. ¡«Su palabra»! ¡«Su madre»! Y Paula ni aun tenia el consuelo de pensar que el cumplimiento de sus deberes haria la felicidad de Mr. de Hansfeld.

Este, hallando reunidas en Berta las gracias y las cualidades mas seductoras, se entregaba sin remordimientos á este amor, pues Paula le mostraba siempre su indiferencia.

Tal era la posicion de Arnold y de Paula en el momento en que esta, para contemporizar con Mr. de Brevannes que podia calumniarla tan peligrosamente, iba á recibirlo en el hotel Lambert, como tambien á Berta.

La exaltacion de Paula habia llegado á tal punto que no podia soportar por mas tiempo su situacion. Habia fijado á Mr. de Morville el término de ocho dias para participarle su resolucion suprema, porque

queria que antes de ocho dias la suerte de su vida entera se decidiera.

O tendria el valor de aprovecharse de los ofrecimientos de Iris ó se mataria si el proyecto de su señorita de compañía le pareciera exigir una complicidad demasiado directa, demasiado penosa.

Nada nos parece mas estraño y sin embargo nada es mas real que estas transaciones con el crimen... Los jueces no son los solos que hallan al delito «circunstancias atenuantes.»

La señora de Hansfeld acababa de llamar á Iris: esta entró.

XXXXII.

El alfiler.

—¿Me habeis llamado, madrina? le dijo Iris.

—Si... cierra la puerta y mira si alguien puede oirnos.

Iris salió un instante, y volvió.

—Nadie, madrina.

El corazon de Paula latia de un modo estraño; bajaba los ojos ante la penetrante mirada de la bohema; en fin le dijo esforzándose:

—Escuchadme bien. La conversacion que voy á tener con vos será la última que tendremos sobre... lo que sabeis. Me digisteis hace algunos dias: «una palabra, una seña de vos... este alfilér, por ejemplo... y.. »

Paula no pudo acabar.

Iris replicó:

—¡Y sois libre!...

—Me dijisteis eso...

—Os lo repito...

—¿Pretendeis serme adicta?

—En otro tiempo, ahora, siempre.

—Dadme una prueba de ello.

—Hablad, madrina.

—Decidme por qué medios pretendeis hacerme libre.

La voz de la señora de Hansfeld se alteró, y añadió al instante y mas vivamente:

—Sin que ni vos ni yo seamos cómplices de... ese... Dí lo que es necesario hacer para conseguirlo.

Estas palabras parecieron abrasar los lábios de la señora de Hansfeld.

– ¿Por qué esta pregunta?

—No creo en la posibilidad de lo que me habeis propuesto. No pienso aprovecharme de ello; pero quiero conocer por qué medios... pretendeis... En fin, ya me comprendeis...

—¿A qué instruiros de ello?...

—Si me parecen menos horribles que supongo... acaso... No sé...

Y luego la princesa horrorizada de lo que acababa de decir, puso la mano sobre sus ojos, y esclamó:

—No, no, dejadme... idos... No volvais mas; no quiero volveros á ver.... Salid.

—Madrina, por favor...

—No, salid, os digo.

—¡Y bien! Voy á deciros por qué medios ..

Dijo Iris bajando la voz y esperando con ansiedad nueva órden de salir.

Paula permaneció muda.

Iris continuó:

—Si, pienso, si lo exigis, deciros por qué medios podeis ser libre... Mas cuidado... cuidado con exigirlo...

La señora de Hansfeld miró fijamente á Iris.

—Cuidado con exigirlo? pregun ó.

—Sí... podriais arrepentiros amargamente de haberme interrogado sobre este particular... Teneis escrúpulos, se aumentarian aun si los instruyo de mis designios... Sin la palabra que me habeis hecho dar de no obrar sin vuestra anuencia os hubiera evitado estas angustias... Aun me pregunto algunas veces si no es una insensatez de mi parte el obodeceros en esto... No tengo mas objeto que vuestra felicidad... Lo odioso del perjurio, solo recaeria sobre mi... Poco importa; vos seriais dichosa.

—¿Os atreveriais á faltar á lo que me habeis prometido?

—Desgraciadamente no. Una palabra vuestra es para mi una ley... al menos que esta sumision á vuestras vo-

luntades os dé una fe profunda, ciega, en mi palabra.

—En vuestra palabra? dijo amargamente Paula.

—Sí... y os juro, que los acontecimientos se han precipitado de tal suerte, sin que vos os hayais mezclado en nada vos lo sabeis mejor que nadie... que antes de ocho dias sereis acaso libre... y, no solo ninguna sospecha os alcanzará, sino que el interés, las simpatías del mundo estarán por vos...

La señora de Hansfeld miraba á Iris con sorpresa... casi con estupor.

—Pero si asi es, ¿por qué no instruirme de estos acontecimientos, pues que les sois, como decis, absolutamente estraña?

—A causa de vuestros escrúpulos, madrina.

—De mis escrúpulos! ¿Por qué he de tenerlos? ¿no soy inocente de lo que sucede?

—Vuestros escrúpulos nacerán... aunque insensatos... Ellos nacerán, os digo, y les dareis oidos.

—¿Cómo?

—Suponeos instruida, por no sé qué prodigio, del porvenir de una persona que os sea absolutamente indiferente.... á quien no conoceis... Esta presciencia os dice que aquella persona debe morir dentro de ocho dias, morir fatalmente, sin que entreis por nada en las causas de su muerte, sin que de ella os resulte el menor provecho... sin que podais cambiar el giro de los acontecimientos que la ocasionan... ¿No esperimentareis una especie de angustia á esta revelacion? ¿No os mirareis, por decirlo asi, como cómplice del destino de aquella persona, ignorante de la suerte terrible que la espera, mientras que la conoceis vos?

—No me creo cómplice de aquella muerte, pero esperimentare un gran terror, viendo á aquella persona adelantarse, confiada y segura, hácia un abismo que ignora.

—Y bien! ese terror, ¿no se convertirá en un remordimiento si se trata de vuestro marido, cuya muerte colma todos vuestros votos, realiza todas vuestras es-

peranzas?

—¿Qué decís?

—Por mas inocente que fueseis de semejante catastrofe ¿no os mirariais como criminal... ùnicamente porque la conoceis de antemano? Os lo suplico... no me pregunteis mas... no me obligueis á hablar...; os arrepentiriais de ello... y seria demasiado tarde... Confiaos á mí.

Confiarme á vos...! No, no. Sé de lo que sois capaz... Seguramente estaba inocente de vuestras horrosas tentativas contra Mr. de Hansfeld y las apariencias me condenaban... Os digo que lo quiero saber todo.

—¿Estais decidida á renunciar á Mr. de de Morville?

—¿Qué os importa?

—Necesito saberlo .. Solo en este caso debo hablaros . Seria cruel dejar perecer sin provecho dos criaturas de Dios...

—¡Cómo! ¿la vida de dos personas se halla en peligro? esclamó la señora de Hansfeld.

— ¡Desgracia sobre mí! desgracia sobre vos! dijo Iris, desolada, ó pareciendo es-

tarlo, por la indiscrecion que se le habia escapado. Me haceis decir lo que no quisiera decir. ¡Y bien! Si, en este momento la vida de dos personas está en peligro...

—Bendito sea Dios que te hace hablar; jamás compraré la felicidad de mi vida entera á semejante precio... Renuncio á Mr. de Morville...; que sea maldita, si alguna vez...

—Deteneos...; madrina. Yo sé el poder de vuestros escrúpulos...; mas tambien sé el poder de vuestro amor... Podriais ser maldita...

—Desgraciada...!

—Mirad, madrina, dejemos á los acontecimientos seguir su curso... Lo que será .. será...

—Ahora que me has llenado el alma de terror pues sé de lo que eres capaz, quieres callarte... No, no; habla .. yo lo exijo.

—Y bien, puesto que me obligais á ello, sabedlo todo... El príncipe ama á Berta y es amado de ella... Ya sabeis los celos feroces de Mr. de Brevannes... Aborrecia ya

al príncipe porque es vuestro marido... Ahora que sabe que es amads por su muger, lo aborrece hasta la muerte... Suponed á Berta asaz imprudente para acordar una cita á Mr. de Hansfeld; cita inocente ó culpable, voluntaria ó forzada, poco importa. Mr. de Brevannes lo sabe, los sorprende: las apariencias están contra ellos... ¿Qué hace?... Decid ¿qué hace?....

—Dios mio!... Dios mio!...

—?Qué hace? Se cree amado de vos; cree que volviendoos la libertad á vos y á él obtendrá vuestra mano...

—Oh! Qué infernal imaginacion!...

—¿Pero seriais libre ó no?... ¿Y qué parte habriais tenido en todo esto?.,. Vuestro marido os engaña por la muger de un hombre que aborreceis ¿Qué podeis hacer? Este hombre los mata á los dos... ¿Sois su cómplice? ¿Quien os impide casaros despues con Mr. de Morville? ¿Y en que podrá sospechar el de haber tenido parte vos en esta maquinacion? Hay mas; como os decia, ¿no estarán por vos el interes y las simpatias del mundo?

—Estais loca... Apenas Mr. de Brevan-

nes llegaria á tal estremo si se creyese amado de mí, pues no se atreveria a ofrecerme una mano teñida con la sangre de mi marido...

—Este hombre está poseido de unos celos de orgullo tan salvages que en ninguna circunstancia dudaria en dar muerte á su muger y á su seductor. Mas como os ama con tanto ardor, cree que vos le amais locamente: no duda un momento en que arrostreis toda clase de consideraciones hasta darle vuestra mano; y en el momento en que hablamos se apresura á tender el lazo en que su muger y vuestro marido deben perecer infaliblemente.

—Perdeis la razon. Por mas vano que sea ese hombre, no podrá jamás creerse amado de mí: apenas le he dirigido algunas palabras benévolas para conjurar el mal que podia hacerme.

—Si..... mas..... ¡yo he hablado por vos!

—¡Habeis hablado por mí!

Iris contó entonces a la señora de Hansfeld la historia del «libro negro.»

XXXVIII.

Decision.

Paula quedó muda, anonadada á esta revelacion.

No podia creer en tanta audacia, en una combinacion tan diabólica.

—¡Oh! ¡qué alma tan horrorosa! esclamó.

Iris miró á su ama; una sonrisa infernal, la sonrisa de un demonio, contraia sus lábios.

—Hasta aquí, le dijo, me habiais reprochado el obrar sin vuestro consentimiento... he hecho mal... Queria ocultaros el hilo de los acontecimientos qu-

se preparaban, vos me habeis obligado á descubrirlo... Ahora que lo sabeis todo, debeis arrepentiros..Ignorante de esta trama, su buen éxito era para vos un golpe de la casualidad, y os aprovechábais de él sin remordimiento. Ahora estais instruida de ella: si no la descubrís, sois mi cómplice...

– Y ¿por qué me habeis obedecido?— esclamó la señora de Hansfeld maquinalmente;—¿por què instruirme de esos horrores?

Esta esclamacion era odiosa, pues revelaba el secreto y homicida pensamiento de Paula.

—Os he obedecido,— replicó amargamente Iris.—porque esperaba esta órden con paciencia, y porque si no me la hubiéseis dado, os hubiera espontáneamente instruido de todo esto.

—¿Qué decis?

—Yo no me hago ilusion; trabajando por vuestra dicha, corro á mi perdicion. Cuando os habreis casado con Mr. de Morville, solo seré para vos un objeto de desprecio y de horror... Cierto. Hubiese podido obrar

en silencio, sin preveniros, y dejaros recojer inocentemente el fruto de esta sangrienta conbinacion. Mas lo confieso no he tenido ese valor quiero morir por vos sin duda pero con condicion que al menos digais: ¡Muere por mí!

—¡Estraña y abominable criatura!

—Vuestra felicidad causaria mi pérdida ya lo sè; pero al menos en el seno de vuestro feliz amor tendreis acaso un recuerdo para mí...

—Si asi os sacrificais por mí, debiérais haber esperado á que eso que llamais mi felicidad estuviese asegurada, para hacerme esta nueva revelacion.

—No, madrina. Puede suceder que tengais mas virtud que amor, y entonces vuestra dicha estará para siempre empenzoñada. En este momento al contrario sabiendo á qué precio podeis ser la esposa de Mr. de Morville, en vuestro poder está el escoger, teneis en vuestras manos el porvenir de vuestro amor por Mr. de Morville, la suerte de Brevannes y de vuestro marido... Una palaba, una sola á Mr. de Brevannes sobre el libro negro... y sabrá que

vos no le amais, que es el juguete de una supercheria de que yo sola soy autora, y asi, en lugar de conducir á su muger al hotel Lambert para hacerla caer con mas seguridad en el lazo que le tiende, como tambien á Mr. de Hansfeld debe arrancar á Berta á este amor inocente aun... puesto que la muerte de su mujer y del principe le es inútil. Tal es vuestro deber, madrina, llenadlo. Sin duda Mr. de Brevannes furioso esparcirá contra vos las mas atroces calumnias... ¿qué os importa? Nunca pasan de ser calumnias. .Sin duda Mr. de Morville podrá afligirse, creerlas y sonreir amargamente, pensando en el amor ideal romancesco que tenia por vos. Muy triste es eso; pero ¿qué os importa? Durante la larga vida que os queda que pasar junto al príncipe, que no amais y que ya no os ama, podeis repetiros gloriosamente cada dia: «He cumplido con mi deber.»

—Oh! maldita seas tu, demonio vomitado por los infiernos!—esclamó la princesa con frenesí.—Déjame...déjame...¿Por qué vienes á encerrarme en un circulo tan horroroso, de donde no puedo salir sin

causar la muerte de dos infortunados, ó sin arrojarme en el abismo de una desesperacion sin fin?

—Muy lúgubres haceis los colores del cuadro madrina. Podeis salir del círculo horroroso de que hablais... pero para llevar la frente altiva y orgullosa al altar con Mr. de Morville. para pasar junto á él una vida la mas feliz y considerada.

—Oh! calla...calla..!

—Y esto sin que falte á sus juramentos, y sin hacerle culpable á su madre, pues bendecirá este matrimonio que podeis contraer con gozo.. sin vergüenza, sin crimen esperando y permaneciendo pacífica espectadora de los acontecimientos,... no provocando nada... no haciendo nada, no sabiendo nada

—Cállate!.. Oh! cállate!...

—No animando ni aun por una palabra hipócrita la venganza feroz é interesada de Mr. de Brevannes, y mostrandoos siempre con él friamente política. Todo está previsto...; el libro negro hablará por vos... El libro negro dirá que para mas tarde vuestra union posible, es pre-

ciso que no se sospeche á Mr. de Brevannes de amaros y de haber calculado la venganza ejecutada sobre Berta y el Principe. Esto os evita ademas una intimidad que notada por el mundo hubiera podido dispertar los celos de Mr de Morville... . Os repito que todo está previsto... cuidadosamente provisto... madrina...

—¡Dios mio!... Dios mio, libertadme de la tentacion de esta criatura

—De suerte que despues del trágico suceso, continuó imperturbablemente Iris, Mr. de Brevannes no tiene el menor cargo que haceros, y vos le cerrais vuestra puerta sin una palabra de esplicacion. Brevannes estallará. ¿Qué podria hacer ni decir? El libro negro está en mi poder, no tiene ninguna carta de vos. Por otra parte, para quejarse le seria preciso confesar el infame cálculo que le ha hecho casi provocar su deshonor, para tener el derecho de matar á su muger y á vuestro marido; mas no se atreveria, pues inspiraria tanto desprecio como horror. ¿Qué decis, madrina?...

—¡Déjame... te digo... Vete... vete. .

me horrorizas!

—Dios mio! ¿qué hago yo mas que esponeros el bien y el mal?... ¿No sois libre? ¡escoged!

—¡Mónstruo! ... Demasiado sabes el valor de tus palabras... y las criminales esperanzas que haces evocar á mi pensamiento.

—¡Soy un mónstruo, porque os digo que escojais entre el bien y el mal! ¿Tan terrible cosa es la práctica de la virtud, que cueste tantas lágrimas como el crímen?

—¡Señor, tened piedad de mi!

—Una última palabra, madrina. He podido poner en juego ciertas pasiones, preparar ciertos sucesos..; mas ya no depende de mi el moderar su marcha, pues parecen precipitarse... Mañana acaso seria demasiado tarde... Si estais decidida al «bien...» es decir, á prevenir á vuestro marido del peligro que va á correr, y Mr. de Brevannes de la intriga de que es juguete..; hablad sin dilacion, hoy mismo... al instante..; una hora de retraso podria perderlo todo, es decir, ganarlo todo en el

sentido de vuestro amor...

En este momento un ayuda de cámara entró despues de haber llamado en la habitacion de Paula.

—¿Qué es eso? dijo ella á este hombre.

—No sabiendo si la señora princesa recibia, he rogado á Mr. de Brevannes y á su señora que esperasen.

—Están allí! esclamó la señora de Hansfeld estremeciéndose.

—Sí, princesa.

—La señora ha olvidado que dió cita á los señores de Brevannes para esta mañana, dijo Iris.

—En efecto, dijo Paula con voz conmovida. Yo, sí... sin duda.

—La princesa recibe, se apresuró á decir Iris. Rogad únicamente al señor y á la señora de Brevannes, que esperen un momento.

El ayuda de cámara salió.

—Jamás. . jamás... tendré el valor de recibir á Mr. de Brevannes y á su muger, esclamó la princesa con desesperacion, pues...

La voz del principe interrumpio á Paula.

El salon en que se hallaba, estaba separado de los otros aposentos por una larga galeria, semejante á la que ocupaba el principe en el piso superior.

Mamparas de terciopelo reemplazaban las puertas. Paula oyó á su marido preguntar si la princesa estaba en casa.

—Es el príncipe! esclamó Jris.

—Va á encontrarse con Berta, dijo Paula. Los dos ignoran que Mr. de Brevannes está instruido de su amor, y que por un odioso cálculo debe fingir ignorar ese mismo amor... ¡Oh! Es horrible dejarlos en tan funesta confianza.

Iris se apresuró á decir:

—¿Quereis salvar á esos dos desgraciados? Sea. Dentro de un momento cuando Mr. de Brevannes salga, yo hallaré medio de hablarle, y en dos palabras le digo la supercheria del libro negro.

Paula hizo un movimiento.

—¿No es esa vuestra voluntad, madrina?

—Sí, sí.

—Sin embargo, si por casualidad esa voluntad cambia, si quereis aprovecharos de los sucesos que este encuentro del príncipe y de Berta en vuestra casa va á precipitar aun, á menos que no os opongais cuando me veais levantar para ir á esperar á Mr. de Brevannes dadme este alfiler, diciéndome que lo guarde... Esto querrá decir que Mr. de Brevannes deberá quedar en su error.

—Mas...

—¡El príncipe llega!... Dentro de un momento dadme este alfiler, y dentro de ocho dias sois libre... Si no, renunciad para siempre á Mr. de Morville.

Mr. de Hausfeld entró.

Iris tenia costumbre de quedar junto á su ama, aun cuando esta recibiera visitas. En consecuencia, su presencia á la escena siguiente debió parecer al príncipe muy natural.

XXXXIV.

La partida de caza.

Mr. de Hansfeld estaba á la vez sorprendido, conmovido, turbado.

Acababa de ver á Berta bajar del carruaje con Mr. de Brevannes, á Berta á quien habia creido dar un eterno adios en su última entrevista con ella en casa de Pedro Raimond.

Habia siempre ignorado Arnold que Paula conociera á Mr. de Brevannes, y asi no podia concebir por qué este la conducia al Hotel Lambert, y cómo la señora de Hansfeld se habia relacionado con Berta de quien sabia que él estaba enamorado. Paula, para escapar al viage de Alemania, de que su mari-

do la amenazara, le habia amenazado á su vez de revelar á Mr. de Brevannes sus entrevistas con Berta en casa del grabador.

¿Cuál era el objeto de Paula recibiendo á Berta en el Horel Lambert ¿Argüia esta conducta afectacion ó indiferencia?

Arnold se perdia en vanas congeturas, al pensar que iba á ver de nuevo á Berta. La admiracion, la dicha, el temor, le agitaban á pesar suyo, y dijo á Paula con acento conmovido:

—Me parece que acabo de ver entrar una visita para vos.

—Si, respondió la señora de Hansfeld, con embarazo. Una amiga mia me ha presentado á la señora de Brevannes que dicen es encantadora... y que tal encontrais, añadió con forzada sonrisa. La señora de Brevannes me preguntó que cuando estaria en casa; le dije que hoy, y lo habia olvidado. La han hecho esperar un momento... No habiendoos visto, no he podido preveniros de esta visita, que por otra parte no creo seros desagradable.

—Mi madrina me permitirá que le haga observar que ya hace mucho tiempo

que esos señores esperan, dijo Iris con una especie de respetuosa familiaridad, á la cual estaba acostumbrada.

— Tiene razon, dijo Mr. de Hansfeld, imprudentemente arrastrado por el deseo de volver á ver á Berta; y tiró del cordon de la campanilla.

Un lacayo se presentó.

—Haced entrar, dijo el príncipe.

El lacayo se retiró.

Iris y Paula cambiaron una mirada.

Para la inteligencia de la escena siguiente, diriamos, que algunas líneas del libro negro, siempre escritas en nombre de Paula, y comunicadas la misma mañana por Iris á Mr. de Brevannes, instruyerou á este de que el objeto del amor de Berta era el príncipe de Hansfeld, y que muy á menudo habia tenido entrevista con él bajo un nombre supuesto en casa de Pedro Raimond.

Algunas palabras espresivas indicaban el partido terrible que Mr. de Brevannes podia sacar de este amor, cuyo castigo, si se hacia culpable y flagrante podia asegurar la libertad de Mr. de Brevannes y de Paula.

Despues de este descubrimiento Mr de Brevannes redobló aun su hipocresia, á fin de aumentar la confianza de su muger, á quien sin embargo se prometió observar con atencion, aunque no dudaba de su amor por el príncipe.

La resistencia que en un principio opusiera Berta á ir al Hotel Lambert su creciente emocion al acercarse al lugar donde iba á ver á Arnold, eran otras tantas pruebas convicentes de este amor. Por otra parte Mr. de Brevannes se habia informado del portero de Pedro Raimond acerca de las personas que recibia el grabador, y Mr. de Hansfeld le fué tan exactamente pintado, que solo esperaba una ocasion de ver al príncipe para asegurarse de su identidad con el asiduo visitador de Pedro Raimond.

Paula, sentada junto la chimenea, tenia á su lado un veladorcito, sobre el cual se hallaba colocado el fatal alfiler que, entregado á Iris, debia impedir el que descubriese á Mr. de Brevannes la supercheria de que deshaciéndose de su muger y del príncipe podria unirse con Paula.

La bohema, ocupada en un trabajo tapiceria, estaba medio oculta por las cortinas de la ventana, junto á la cual trabajaba; pero podia, sin embargo, no perder á su ama de vista.

Preciso es decirlo, su mirada parecia ejercer algunas veces sobre la princesa una especie de fascinacion.

En fin, Mr. de Hansfeld, de pie delante de la chimenea, disimulaba con pena su emocion.

La puerta se abrió y un ayuda de cámara anunció:

—El señor y la señora de Brevannes.

Acaso se notará un contraste asaz dramatico entre la conversacion indiferente, odiosa desinteresada, de pasiones diversas y profundas pue las agitaban.

La señora de Hansfeld se levantó, dió algunos pasos hacia Berta y le dijo con gracia:

—Sois, señora, muy buena, y os habeis acordado que estaba hoy en mi casa.

—Señora, sois demasiado amable balbuceó Berta bajando los ojos por miedo de encontrar los de Arnold.

La desgraciada se sentia desfallecer.

La princesa añadió:

—¿Me permitireis, señora, que os presente á Mr. de Hansfeld, que no ha tenido el honor de conoceros hasta ahora?

Arnold se adelantó, saludó profundamente, y dijo á Berta:

—Siempre é sentido, señora, no acompañar en la sociedad tan amenudo como quisiera á la señora de Hansfeld; pero desde este momento es mas vivo mi sentimiento. Sin embargo, me consuelo, puesto que soy asaz feliz para poderos ofrecer mis homenages.

Queriendo venir al socorro de Berta que no hallaba una palabra que responder á Arnold, la señora de Hansfeld dijo á este presentandole á Mr. de Brevannes con un gesto

—Mr. de Brevannes...

Este último saludó.

El príncipe le volvió su saludo y le dijo con afabilidad:

—Siempre seré feliz, caballero, en veros en casa de la señora de Hansfeld, y espero que tendré este placer amenudo.

—Tan amenudo, caballero, como me sea permitido aprovechar tan amable ofrecimiento sin abusar de él...

Despues de estos preliminares indispensables, los cuatro personages se sentaron; la señora de Hansfeld á la derecha de la chimenea; Berta á la izquierda, monsieur de Brevannes al lado de la señora de Hansfeld, y Arnold junto á la hija del grabador.

El príncipe sintiendo necesidad de vencer su emocion, hacia los honores de su casa con la mas perfecta dignidad.

Berta por su parte se calmaba poco á poco.

Paula se esforzaba en no ceder á las terribles preocupaciones que debia causarle su última conversacion con Iris.

Mr. de Brevannes que habia siempre oido hablar del príncipe de Hansfeld como de una especie de original salvage, estravagante, medio insensato, se preguntaba cómo su muger podia haberse enamorado de semejante hombre. Y asi, quedó estupefacto de la distincion y de la graciosa urbanidad del príncipe, cuyo rostro dulce y ju-

venil era de los mas encantadores.

Concibió entonces perfectamente el amor de Berta, y su rabia contra ella y contra Mr. de Hansfeld se aumentó. Asi que echaba sobre este de tiempo en tiempo al soslayo miradas de tigre. Y luego buscaba los ojos de Paula con un aire de inteligencia sombrio y apasionado, que probó á la señora de Hensfeld que Iris no la engañara con respecto al libro negro.

Un silencio bastante embarazoso siguió á los primeros cumplimientos que empezaron la conversacion.

El príncipe lo rompió diciendo á Berta.

—Mucho trabajo ha debido costaros, señora, encontrar esta casa aislada en medio de este barrio desierto.

—No señor, respondió Berta sonrojándose hasta los ojos; mi padre vive muy cerca de aqni.

Esta respuesta que la jóven dió, por decirlo así, involuntariamente, aumentó su confusion, recordándole los primeros tiempos de su amor con Arnold. Este añadió con viveza:

—Eso es otra cosa, señora; mas venir á

«

la isla de San-Luis, es casi siempre una especie de viaje para los verdaderos parisienses.

—Al menos dijo Mr. de Brevannes, se halla uno recompensado de este viaje.... como vos decis, caballero, pudiendo admirar esta casa... ¡Un verdadero palacio!

—En efecto, dijo Paula por tomar parte en la conversacion. En el arrabal de San German, el barrio de los hermosos palacios, en donde hemos habitado, no se encuentra nada de comparable á esta morada verdaderamente grandiosa.

—Ya no se pueden construir palacios en el dia, dijo Mr. de Brevannes. Las fortunas se hallan demasiadas... Los estranjeros tienen mucho mejor sentido que nosotros. En Inglaterra, en Rusia, y supongo que en Alemania será lo mismo, el derecho de primogenitura ha mantenido prudentemente el principio de las grandes propiedades.

—Estoy seguro, caballero, dijo Mr. de Hansfeld sonriéndose, que nunca habeis tenido hermanos ni hermanas.

—Es verdad, caballero. ¿Mas quién os

dá esta certidumbre?

—Vuestra admiracion por la escelencia del derecho de primogenitura.

Mr. de Brevannes no comprendió el sentido de estas palabras del príncipe, y respondió:

—¿Creeis, caballero, que si no hubiera sido hijo único, pensaria de otro modo sobre este particular?

—Creo, caballero, que vuestro modo de amar á vuestros hermanos y hermanas hubiera completamente cambiado vuestro modo de ver sobre este particular. Mas perdonad, señora, dijo el príncipe dirigiéndose á Berta, si hablamos por decirlo asi, de política. Asi que, sin tran-icion ninguna, os preguntaré lo que pensais de la nueva comedia... representada en el teatro Francés. La señora de Hansfeld y yo tuvimos el placer de veros. no me atrevo á decir de distinguiros.

—No podia menos de suceder a-i, dijo Berta recobrando su sangre fria, pues estaba al lado de la señora Girard, que llevaba un tocado tan singular, que llamaba la atencion de todo el mundo.

—Os aseguro, señora, añadió Paula, que dirigiendo los ojos á vuestro palco, solo por casualidad, vimos la singular polaca de la señora Girard.

—La comedia me pareció encantadora y llena de interés, dijo Berta, y sin conocer al autor Mr. de Gercourt, me he alegrado en el alma de su buen éxito.... ¡Tenia tantos envidiosos!

—El autor Mr. de Gercourt, ¿es, segun creo, un hombre del mundo enteramante? preguntó la señora de Hansfeld.

—Si señora, respondió Mr. de Brevannes; ha sido uno de los cinco ó seis hombres mas á la moda de Paris; y aun se le clasificaba inmediatamente despues del hermoso Morville, ese astro que por largo tiempo brilló, con un esplendor sin igual; y hablando francamente no sè por qué. Era una especie de ridícula mania y nada mas, pues Gercourt, y otros muchos, tienen mas atractivo que ese tonto de Morville.

Paula se estremeció oyendo pronunciar un nombre tan caro á su corazon.

La mirada de la princesa se encontró

con la de Iris... Esta mirada le pesó sobre su corazon como si fuera de plomo.

Ignorando completamente el amor de Paula por Mr. de Morville, creyendo producir un maravilloso efecto á los ojos de la señora de Hausfeld, haciendo alarde de despreciar á uno de los bombres mas á la moda de Paris, cediendo por otra parte á un sentimiento de envidia y á una costumbre de denigramiento que desde mucho tiempo adoptara con respecto á monsieur de Morville, á quien detestaba sin mas motivo que sus bajos celos, Mr. de Brevannes continuó:

—Si se quiere, Mr. de Morville tiene una bonita figura, mas tiene un aire tan estúpidamente satisfecho de sí mismo que dá verdaderamente náuseas. Se habla de sus triunfos en amor, ¿cuales son sino aquellos obtenidos por mugeres fáciles, á quienes se puede pretender con tal que uno sea del mundo á que ellas pertenecen? Mucho ruido se ha hecho de sus relaciones con esa inglesa; muy enamorado estuvo de ella, es verdad, mas ella se burlaba de él, como hará toda muger de buen gusto.

¿Pues no pensais, señora, que se puede casi siempre juzgar del valor de una muger, por el valor del hombre que prefiere?

—Es generalmente verdad, caballero, dijo Paula conteniéndose.

—Y bien, señora, acabais de apreciar los necios y ridículos entusiastas de ese necio y ridículo Morville.

No hay cosa mas vulgar que este dicho: «Pequeñas causas producen á veces grandes efectos:» Mas tampoco hay cosa mas verdadera que esta vulgaridad.

Hé aquí una prueba de ello:

Mr. de Hansfeld no conocia á Mr. de Morville, y por consiguiente le era indiferente oir hablar mal ó bien de el; mas cediendo, á pesar suyo sin duda, á un vago deseo de ponerse bien con Mr. de Brevannes, creyó serle agradable, participándo su opinion con respecto á Mr. de Morville.

En fin, la pobre Berta, aun ella misma, tanto por deseo de complacer á su marido como por esa especie de deferencia involuntaria que una muger concede siempre

al juicio del que ama, la pobre Berta, decimos, fué por decirlo asi, el ingenuo y tímido eco del príncipe en la siguiente conversacion.

Esta conversacion fué la causa: luego diremos el efecto.

Mr. de Hansfeld replicó:

—No conozco á Mr. de Morville: solo le he visto dos ó tres veces; me ha parecido hermoso, mas de una afectacion casi ridícula, y he oido decir que se exageraba mucho...

—Eso es tambien lo que he oido yo decir, añadió la desgraciada Brta. Me se figura que tiene unas facciones de una regularidad perfecta, mas acaso un poco insignificantes.

Paula no dijo una palabra; tomó del velador el fatal alfiler y se puso á jugar con esta joya.

Iris no apartaba su mirada de la princesa.

Se estremeció de gozo al movimiento de su ama.

Como se vé, la pequeña causa empezaba á producir su efecto...

—Me alegro en el alma de ver á un hombre de gusto como vos, caballero, dijo Mr. de Brevannes al príncipe, hacer mi sentencia decisiva, dándole su aprobacion.

Arnold; para acabar de grangearse la amistad del marido de Berta, aventuró una ligera mentira y añadió:

—Y aun me acuerdo haber oido un dia su conversacion y la encontré inferior á la mediana...

—Es verdad que Mr. de Morville no pasa, segun dicen, por tener mucho talento... añadió con dulce y tierno eco bajando sus grandes ojos azules y sonrojándose á la vez, de mentir y de cometer una especie de bajeza, por ser agradable á Mr. de Brevannes.

La pequeña causa continuaba produciendo su efecto.

Teniendo en su mano derecha el alfiler la señora de Hansfeld llevaba digamos asi, sobre su mano izquierda el compaz del crescendo de cabeza que le agitaba y que envolvia á Berta, á Mr. de Brevannes y al príncipe.

En este momento encontró los ojos de

Iris, y en lugar de apartar su vista de la bohema, la miró un instante con aire tan significativo, que Iris creyó que iba á darle el elfiler.

Mr. de Brevannes dijo dirigiéndose á la princesa:

—Mas, vos misma, señora, ¿que pensais de Mr. de Morville? ¿No tenemos razon para sublevarnos un poco contra esa admiracion de rutina, que hace un ídolo de un hombre nulo?

—Ciertamente, caballero, dijo Paula Haceis muy bien en no aceptar ciertas nombradías por la sola razon que son nombradias...

—Es que tampoco puede haber nombradía menos merecida, y os juro, que no soy el solo que protesta contra ella... muchas personas piensan como yo; y lo que indispone contra ese Mr. de Morville es que pretenden sobresalir en todo. A creerle, monta á caballo mejor que nadie, maneja las armas mejor que nadie, y es mejor cazador que nadie.

—¿Conque Mr. de Morville es gran cazador? dijo Arnold.

—Tiene al menos esa pretension, pues las tiene todas. Mas estoy seguro que justifica esa tan poco como las demas, y que caza por tono y por placer.

—Hace muy mal, dijo Arnold; pues es uno de los placeres mas vivos que no conozco.

—¿Sois cazador, baballero? dijo Mr. de Brevannes.

—Tenemos tan hermosas cacerías en Alemania, que fuera imposible no tener ese gusto. Tenemos sobre todas una de que gustaba yo mucho, y que acaso no es muy conocida en Francia...

—¿Cuál es cabellero?... Yo podré informaros, pues he amado, y aun amo apasionadamente la caza...

—La caza en pantanos. Tenemos en Alemania admirables pasas de aves acuáticas.

—¿Amais esa caza? esclamó Mr. de Brevannes despues de un momento de reflexion, y como herido por una idea repentina.

—Con esceso, caballero... ¿Mas teneis en Francia muchas de esas cacerias?...

—Tenemos, y aun puedo decir, tengo una en mi casa en Lorena, de las mejores de la provincia...

—Seguramente, dijo Berta con ingenuidad. Esta misma mañana, el administrador de Mr. de Brevannes le ha anunciado que había en este momento un paso estraordinario de...ya no acuerdo del nombre de esos pájaros, dijo Berta sonriendo.

—Un paso de albranes... se ha dejado caer sobre nuestros estanques miles... dijo Mr. de Brevannes con una espresion de franca cordialidad. Si no temiese pasar por un verdadero paisano del Danubio... por un hombre en demasia sin cumplido...

El príncipe miraba á Mr. de Brevannes con sorpresa.

—En verdad, caballero, le dijo no os comprendo...

—Y bien por mi fé. atrás la vergüenza; entre cazadores la franqueza ante todo. El paso de albranes es magnífico este año, siempre dura ocho dias. Tengo estanques considerables; mi casa está confortablemente preparada para el invierno... Permitid que os ofrezca venir á disparar al-

gunos tiros. En 36 horas estamos en mi casa... Y si por una casualidad inesperada la señora de Hansfeld no tiene demasiada aversion al campo durante algunos dias de invierno, la señora de Brevannes tratará de hacerle esta partida lo menos desagradable posible... Ya lo veis, caballero, cuando me pongo á ser indiscreto, no soy á medias...

De esta proposicion tan brusca, tan inesperada, tan fuera de las costumbres y usos recibidos, y que aceptada por Mr. de Hansfeld podia tener tan funestos resultados, la princesa se estremeció.

Berta se sonrió.

Iris salto sobre su silla. Mr. de Hansfeld pudo apenas disimular su alegria. Sin embargo, antes de aceptar procuró en vano encontrar la mirada de Berta. La infeliz no se atrevia á levantar los ojos.

Arnold interpretó esta espresion negativa en su favor, y respondio:

—En verdad, caballero, vuestra proposicion es tan amable, y hecha con tan bue-

na gracia... que temeria dejaros ver todo el placer que me causa, si, como lo habeis dicho, entre cazadores no se debiera ante todo aceptar francamente lo que se ofrece francamente.

—Conque aceptais, caballero? esclamó Mr. de Brevannes, y luego dirigiéndose á Paula: Puedo esperar, señora, que el ejemplo de Mr. de Hansfeld, os animará, por insólita que sea en el corazon del invierno... no me atrevo á decir semejante partida de placer. Estoy seguro que la señora de Brevannes haria cuanto pudiese para haceros hallar menos largos esos pocos dias de soledad en medio de nuestros bosques.

—Creed, señora, dijo Berta con voz alterada, que sois muy dichosa, si os dignais dispensarnos este honor.

—Sois mil veces amable, señora; mas temo causaros tal trastorno .. dijo Paula con indecible angustia. Sentia que de su consentimiento iba á defender su porvenir, el de Mr. de Morville, el de Berta y de Arnold; pues como lo habia previsto Iris, sin contar sin embargo con este incidente

tampoco previsto, conocia que los sucesos iban á precipitarse de un modo horroroso.

—Sed generoso, señora, dijo Mr. de Brevannes; procuraremos distraeros... organizaremos para vos verdaderas cacerias de señorita...; tengo escelentes hurones... Si no conoceis esta diversion, estoy persuadido de qne os agradará mucho... El tiempo está bastante templado este invierno..., y puedo prometeros una pesca con faroles... En fin, tengo un reservado bien poblado de gamos y de ciervos; vereis cojer algunos de ellos en las redes. Me apresuro á deciros, que este género de caza no tiene nada de bárbaro, pues las victimas quedan con vida. Ya sé, señora, que son esas rústicas y sencillas diversiones; mas el contraste mismo que ofrecen con la ciudad de Paris durante el invierno puede darles algun atractivo..., asi como despues de baberlos gustado, hallareis aeaso mas placer en los brillantes placeres del mundo.

—Creed, caballero, dijo Paula con una ansiedad mas y mas profunda, que esta partida de placer improvisada me seria su-

mamente agradable, por la sola presencia de la señora de Brevannes; mas temo verdaderamente, que solo consienta en este viaje repentino, en consideracion á mí.

—¡Oh! no, señora; hallaré en él, os lo aseguro, el mayor encanto .. el mayor placer...

He aquí un efecto importante producido por una pequeña causa.

Estas palabras fueron pronunciadas por Berta con tan ingenua espresion de debilidad y de gozo...; la mirada que cambió en este momento con Arnold (mirada rápidamente sorprendida por Paula), traducia una pasion tan profunda, tan inefable, tan radiante, que todas las serpientes de la envidia mordieron el corazon de la señora de Hansfeld.

Tambien Paula amaba con pasion, con embriaguez... y este amor no debia ser nunca feliz. El aspecto de una dicha que le estaba prohibida, redobló su cólera. Se acordó del tono cuasi despreciativo con que Mr. de Brevannes, Mr. de Hansfeld y Berta habian hablado de Mr. de Morville, y los envolvió á los tres en el mismo sentimiento

de odio. En este momento de exasperacion, tanto mas violenta cuanto se hallaba contenida, aceptó el ofrecimiento de Mr. de Brevannes, y dijo á Berta con una voz cuya emocion supo perfectamente disimular:

—¡Y bien! Señora, con riesgo de ser verdaderamente incómoda rindiéndome á tan amable persistencia... acepto.

—¡Oh! ¡Cuán buena sois, señora! esclamó Berta.

—¿Y cuando partimos, señor de Brevannes? dijo el príncipe sin poder disimular su alegría. Esta cacería será para mi una verdadera fiesta.

—Estaré á las órdenes de la señora de Hansfeld, dijo Mr. de Brevannes. Solo le haré observar que la permanecia de las aves de paso es ordinariamente bastante corta, y que deberíamos llegar lo mas pronto posible.

—¿Qué pensais, señora? dijo Mr. de Hansfeld á su muger.

—Mas si mañana .. conviene á la señora de Brevannes...

—A las mil maravillas, dijo Mr. de

Brevannes; mi muger y yo partimos esta noche para precederos algunas horas y tener al menos el placer de esperaros.

En este momento Iris se levantó.

Su movimiento recordó á la señora de Hansfeld toda la terrible realidad de su posicion.

Una nube le pasó delante de los ojos, su respiracion se suspendió un momento bajo la violencia de los latidos de su corazon. Tiritó como si una mano de hielo parase sobre sus cabellos...

El momento fatal habia llegado...

Para ella se trataba de dar el primer paso en la via del crímen.

Si dejaba salir á Iris sin darle el alfiler, Iris iba á revelarlo todo á Mr. de Brevannes y Paula renunciaba á la esperanza, cuya próxima realizacion era tan probable, de unirse con Mr. de Morville, aprovechándose de un doble asesinato de que siempre seria inocente á los ojos del mundo.

Iris ponia en órden, con bastante ruido algunos objetos sobre la mesa, á fin de ad-

vertir á su ama.

Paula dudaba aun...

Iris dió un paso hácia la puerta...

Una lucha terrible se entabló en el alma de la señora de Hansfeld entre su angel bueno y su angel malo.

Iris dió otro paso, llegó á la puerta, levantó lentamente la mano, la apoyó al boton de la cerradura.

El pestillo chilló...

El angel malo de Paula venció en la lucha.

La señora de Hansfeld dijo con una voz tan baja, tan baja: ¡Iris!... que fué precisa toda la atencion que la bohema prestaba á esta escena para que el eco llegara hasta ella.

De un brinco Iris estuvo junto á su ama.

—Tomad... Iris; os ruego guardeis este alfiler, dijo Paula con voz desfallecientе...

Y dió el alfiler á lo bohema.

Cuando Iris tocó la mano de su ama para tomar la joya la sintió húmeda y helada.

XXXXV.

El castillo de Brevannes.

La torre de Brevannes, situada en Lorena, cerca de Longueville, á pocas leguas de Bar-Le-Duc, era una confortable habitacion, hermosos parques, vastos cercados de bosque para caza, magníficos estanques alimentados por algunos elluvios del rio «Ornain,» casa vasta y cómoda: todo en esta propiedad respondia al cuadro que Mr. de Brevannes hiciera á Mr. de Hansfeld.

Hace tres dias que Berta, su marido, el

príncipe y Paula han llegado al castillo; Iris ha sido necesariamente comprendida en la invitacion que cada uno de nuestros personages tenia poderosas razones de aceptar para detenerse en la singularidad de semejante viage en aquella estacion. Paula habia constantemente evitado todas las ocasiones de encontrarse sola con Mr. de Brevannes. Este último, segun las previsiones de Iris, habia imitado la conducta de la señora de Hansfeld, á fin de no dar apariencia de premeditacion á la venganza que calculaba con tan atroz sangre fria.

Berta se sentia, sin embargo, agitada de siniestros presentimientos. Durante todo el camino de Paris á la torre de Brevennes, su marido se habia mostrado, ora de una alegría forzada, ora de una atencion tan obsequiosa, que Berta sintió despertarse en ella una vaga desconfianza.

Estuvo un momento por rogar á su marido que la dejase en Paris; mas despues del compromiso formal tomado con el príncipe y la princesa, abandonó esta idea.

Al llegar á la torre de Brevannes se ocupó de los cuidados necesarios para recibir á sus huéspedes. ¡Cosa estraña! Ni un momento le vino á la imaginacion la idea de que su marido estuviera enamorado de la señora de Hansfeld Esta conviccion la hubiera acaso calmado. Aunque el modo con que se decidiera esta partida de campo habia sido bastante natural, un secreto instinto decia á Berta que este viaje tenia otro objeto que la pretendida caza.

La única persona completamente feliz, y feliz sin temor y sin segunda intencion, era Arnold. Una feliz casualidad servia tan bien su amor desesperado, que se abandonaba á la dicha de pasar algunos dias con Berta en una intimidad de cada instante.

Iris lo observaba todo y espiaba hasta los menores pasos de Arnold y de la señora de Brevannes. Desgraciadamente para la bohema, á pesar de los incesantes cuidados con que Mr. de Brevannes les proporcionaba las ocasiones de estar solos, las evitaron constantemente.

Quedaba á Iris un último é infalible medio de obligar á Berta y á Mr. de Hansfeld á una entrevista secreta y que en apariencia les comprometiera. En cuanto la noche se aproximara iria á decir á Berta, que su padre horriblemente inquieto de su precipitada marcha se habia puesto en camino, y que por evitar el encuentro de Mr. de Brevannes le rogaba que fuera á esperarle al pabellon en que en el verano pasaba ordinariamente la mayor parte de los dias. Este pabellon, situado en medio de un macizo de árboles, estaba próximo á la entrada del parque. Nada mas verosímil que la llegada de Pedro Raimond; Berta iria á esperarle al pabellon; en lugar del anciano grabador encontraria á Arnold; luego... prevenido por Iris, llegaria Mr. de Brevannes... Lo demas se adivina...

Al tercer dia de su llegada á la torre de Brevannes, la bohema, cansada de espiar en vano, buscaba á Berta para hacerla víctima de la maquinacion que meditara, cuando la apercibió al lado del pabellon de que hemos hablado y un poco mas lejos, detrás de ella, á Mr. de Hansfeld.

Iris se ocultó en una espesura de acebos y de bojes que en este sitio esparcia su sombra sobre el parque, formando una senda tortuosa que desde la entrada del parque conducia al pabellon.

Es de advertir que este se componia de dos piezas en el piso bajo.

Eran sobre las cuatro; el dia estaba opaco; el cielo lluvioso y amenazador. En el momento en que Iris se escondió en la espesura, Arnold alcanzó á Berta.

Esta se estremeció á la vista del príncipe y dió algunos pasos para volver al castillo; mas Arnold tomándola por la mano con ademan de súplica, le dijo:

—En fin... puedo tener un momento de conversacion con vos... Despues de dos dias? En verdad, se diria que me huis... á mi tan feliz de este viage improvisado... Oh! Berta, apenas puedo creer en tanta dicha...

—Os lo suplico, dejadme... Os huyo, porque tengo miedo...

— ¿Miedo... y de qué, Dios mio?...

—Arnold... ¿me amais, no es verdad? esclamó Berta.

—Si os amo!...

—Y bien!... No me rehuseis la única gracia que os he pedido...

—¿Que quereis decir?...

—Partir!...

—Partir. ... Apenas llegado..... cuando....

—Os digo que si me amais... tomareis, bueno ó malo, el primer pretesto que se os ocurra.. . y dejareis esta casa.

—Mas no os comprendo... Porque... cuando vuestro marido...

—Ah! aquí... No pronuncieis su nombre...

—Calmaos.. . participo de vuestros escrúpulos... Estoy aqui en su casa, no os hablaré de amor no os diré nada que vuestro padre no pudiera oir, si estubiera aquí Lo único que os pido, Berta, es algunas de aquellas palabras buenas y tiernas que dirigíais á vuestro hermano Arnold, en nuestras largas conversaciones con vuestro padre.

—Silencio, alguno anda en esa espesura, dijo Berta con inquietud.

—¿Cuan niña sois! Es el viento que agi-

ta á los árboles. Mirad la lluvia y la escarcha que caen... y salís sin vuestra capa africana! Haceis muy mal. El albornoz con capucha os hace tan bonita...

—Lo he dejado en el vestíbulo..; mas, os lo ruego volvamos al castillo...

—Está demasiado léjos, llueve mucho.. ¿por qué no ir al pabellon á esperar que pase este aguacero?

—No, no.

—¿Olvidais vuestra promesa de hacerme visitar este pabellon, vuestro retiro querido? ¡Oh! Yo no abandono esta buena ocasion de obligaros á cumplir vuestra promesa.. Mirad: la lluvia aumenta su violencia; venid por favor!... Pero? qué teneis? Apenas me respondeis... temblais .. Es de frio sin duda... imprudente!...

—No puedo deciros lo que me agita; mas siento un terror vago, involuntario... Os lo suplico, á pesar de la lluvia volvamos al castillo.

—Es una niñada á la cual no consentiré Estais un poco indispuesta, y no debeis esponeros á estar peor...: la lluvia es helada, el pabellon está á veinte pasos.

—Y bien, prometedme partir mañana.

—Aun?...

—Si... No me preguntеis porqué. Tengo miedo por vos; por mí. No estaré tranquila hasta que os vea lejos de aqui. No me esplico estos temores; mas los esperimento cruelmente.

—Mas en fin... admitid que vuestro marido esté celoso... ¿qué teneis que temer? ¿Qué mal hacemos? Por otra parte se muestra lleno de atenciones por vos: no sospecha nada.

—Y justamente sus bondades tan nuevas para mí... y su dulzura hipócrita son las que me asustan .... El, en otro tiempo tan brusco... y ahora tan benigno.... Berta se estremeció y esclamó interrumpiéndose y apoyando su mano trémula en el brazo de Arnold. Otra vez!!! Os aseguro que alguien se oculta en esa espesura... Somos seguidos.

Arnold aplicó el oido. Sintió en efecto algunas ramas crugir en la espesura de accbos, á pesar de la dificultad de penetrar en este macizo inestricable. Arnold iba á

hacerlo, cuando el ruido aumentó, el follage se agitó y á algunos pasos un ciervo atravesó ligeramente el camino.

Arnold no pudo contener una carcajada de risa y dijo á Berta:

—¡Mirad vuestro espia!

—Berta, un poco reservada, tomó el brazo de Arnold, Ya no estaban mas que á algunos pasos del pabellon.

—¡Y bien! pobre miedosa, dijo Arnold.

—Os lo suplico, no os chanceis: yo creo estos presentimientos, Dios no los envia.

—Mas qué, porque vuestro marido parece volver á trataros con mejores sentimientos, ¿os asustais? Y aun admitiendo que finja esta hipócrita benevolencia, para tenderos un lazo ¿qué teneis que temer? ¿En qué puede sorprenderos? ¿Pues qué es lo que pido, sino gozar lealmente de lo que me ha ofrecido y pasar algunos dias junto á vos? Os lo juro, no sé cuales serán mis votos en el porvenir... Mas en este momento, me creo el mas feliz de los hombres y nada mas apetezco. El presente es tan

dulce, tan halagüeño, que el pensar en otra cosa seria profanarlo.

La lluvia redoblaba su violencia.

El dia muy sombrio empezaba á caer.

Berta y el príncipe entraron en el pabellon.

XXXXVI.

El pabellon.

—Berta para hacer honor á sus huéspedes, lo habia adornado al mayor gusto.

Sobre las paredes se veian varios grabados hecho al buril de su padre. Tambien se hallaban allí algunas aguadas pintadas por Berta, sus libros, su piano. Un buen fuego ardia en la chimenea. Su vivo resplandor luchaba contra la creciente oscuridad.. Una ventana cuadrada, parecia á las de las chozas suizas, guarnecida de plomo y conpuesta de pequeños cristales

verdosos, grandes como la palma de la mano, dejaban ver el sendero que conducia desde el pabellon á la puerta del parque. La puerta quedó entreabierta. Berta, de pié junto á la chimenea, apoyaba la frente en su mano, no pudiendo vencer la omocion que la agitaba. Arnold, poseido de un gozo de niño, ó mas bien de amante, examinaba con una especie de tierna cur osidad, todos los objetos de que Berta se rodeaba habitualmente.

—¡Qué dicha para mi, le dijo, el poder llevar este recuerdo de los lugares que habitais! Conservaré siempre esta cuadro, fijo en mi imaginacion..... Aqui vuestro piano, el fiel amigo de vuestras largas horas de tristeza y de contemplacion... Aqui estos hermosos grabados, obra de vuestro padre sobre los cuales habeis debido fijar tan amenudo vuestros ojos enternecidos.

—Si... sin duda, dijo Berta con distraccion. Pero ¿qué tengo yo, Dios mio? No sé por qué mis ideas se gitan en un circulo siniestro. ¿Sabeis en qué pensaba? En las tentativas de asesinato á las cualns habeis

escapado tan milagrosamente. ¿Nada sabeis de nuevo sobre esa materia? ¿Habeis podido descubrir el autor de tan criminales tentativas?

En este momento tomó Mr. de Hansfeld en la mano un tomo de poesias de Victor Hugo, y abria el libro con curiosidad por un parage marcado por Berta.

Volvió un poco la cabeza sin cerrar el libro, y dijo á Berta con una sonrisa de estraña serenidad:

—Creo conocer... á ese... asesino... Y añadió: Qué placer esperimento al leer estas lineas que han recorrido vuestros ojos... hermana mia!!

—¿Le conoceis? esclamó Berta.

—Así lo creo... Habeis pasado el dia de ayer y el de hoy con esa homicida persona. Y luego interrumpiéndose aun: ¡Cuanto me alegro de que participeis de mi admiracion por esta encantadora balada, la «Abuela,» una de las mas tiernas inspiraciones del ilustre poeta! Habeis, entre otros, marcado estos versos de una ingenuidad encantadora que amo tanto como vos los amais...

Berta creia soñar viendo la sangre fria del príncipe.

—¿Qué decis? dijo ella. He pasado el dia de hoy con...

—Con un asesino... si... Mas escuchad estos adorables versos... ¡Pobres niños!

¿Que dirás, abuelita, al hallarnos sin vida
junto á la muerta luz? Cuando despiertes,
tus nietos ¡ay! sordos serán á tus quejidos.
Por volverles al ser...

—Gran Dios! esclamó Berta interrumpiendo á Arnold. Entonces es vuestra muger quien es culpable de esta tentativas de asesinato? Sin embargo nos habia dicho...

—No es mi muger dijo el principe poniendo el libro sobre la mesa, mas si no me engaño... su ángel malo... esa joven de color de cobre...

—Iris!...

—Iris... y aun estoy cuasi seguro de ello.

—¿Y vuestra muger?...

—Lo ignoro todo. . asi quiero creerlo.

—¿Y conservais á ese mónstruo tan cerca de vos, en vuestra misma casa? ¿Y si renovara sus tentativas?

—Y bien, dijo Arnold con una sonrisa á la ves tan triste, tan melancólica, tan paralizada y tan dulce, que los ojos de Berta se llenaron de lágrimas.

—¡Cómo! ¡Y bien! esclamó. Y si... mas esta idea es horrible ..

—Si repitiese sus esperiencias, querida hermana... y que una de ellas le saliera bien, le estaria agradecido.

—¿Qué decis?

—Francamente, ¿cuál va á ser mi vida en adelante? Durante estos cortos dias pasados á vuestro lado, la embriaguez del presente me impedirá pensar en el porvenir... Mas, ¿despues? De dos cosas, una... O seremos felices, y á pesar de vuestra indiferencia por vuestro marido, mi dicha os costará tantas lágrimas, tantos remordimientos... noble y leal como sois, que mi amor os causará tantas penas como las crueldades de vuestro marido... Si por el contrario las circunstancias nos obligan á separarnos, ¿què nos quedará? ¡¡¡El olvido!!! A pesar de los juramentos de acordarse siempre, ¡ay! existe una cosa mas terrible aun que la muerte de los que ama-

mos... ¡y es el olvido de esta muerte! Ya lo veis... ¡Qué porvenir!.... Con vos... uno solo hubiera sido posible para vuestra felicidad y la mia, y hubiera sido este..... unirnos... ¡Mas es un sueño! Y bien, no vale mas que esta buena y próvida bohema, se halle junto á mí como una mortal providencia, y que haga de mí lo que, lo confieso, no tendria acaso el valor de hacer yo mismo....?

—¡Oh! ¡Lo que decis es horroroso! ¿Mas con qué objeto, Dios mio, cometer semejante crímen?

—¡Qué se yo! ¡Nunca he hecho mal alguno!... Siempre la he colmado de mis beneficios... Pero los bohemos son unos seres tan estraños... Una supersticion... un nada.... ¿qué se yo! ¡Cuánto trabajo se toma la pobre muchacha para maquinar su golpe, mientras que despues de ocho dias, bien entendido, estaré yo muy dispuesto á hacer la mitad del camino!

En este momento la puerta se cerró bruscamente.

Berta dió un grito terrible.

—¿Quién ha cerrado esa puerta?

—El viento. dijo Arnold.

La llave dió dos vueltas en la cerradura.

Arnold corrió á la puerta, la sacudió con fuerza; mas en vano,

—¡Dios mio! Estoy perdida... Ya ha llegado la noche... y encerrada con vos en la estremidad de este parque.

—Nos queda la ventana, esclamó Arnold.

Corrió á ella.

Miró y no vió á nadie.

Quiso forzarla... imposible. El enrejado de plomo, era tan menudo, que se doblaba, mas no se rompia. Y luego el marco de esta ventana estaba clavado é inmóvil. La ventana del fondo tenia el mismo inconveniente.

—Dios mio! tened piedad de mí!... Dijo Berta cayendo de rodillas.

XXXXVII.

El doble asesinato.

Iris escondida en la espesura d el bosque siguió á Berta y á Arnold desde el principio de su conversacion, hasta su entrada en el pabellon.

Grandes macizos de bojes y acebos ocultaban la bohema á la mirada de lo que espiaba. Ella fué quien hizo saltar al cervatillo, que atravesó el camino por de lana de Berta. Despues de haberse aprocsite mado poco á poco al pabellon, Iris cerr-

la puerta con llave y triunfante fué á avisar á Mr. de Brevannes que esperaba á gran distancia.

Si la casualidad no hubiera favorecido los detestables designios de Iris reuniendo á Berta y á Arnold, hubiera empleado la astucia que habia proyectado atrayendo á Berta al pabellon bajo el pretesto de encontrar en él á Pedro Raimond.

Mr. de Brevannes en trage de caza estaba armado de una escopeta de dos cañones. La eleccion de su arma alejaba toda idea de premeditacion, y asi ¿qué cosa mas natural que su conducta? Al volver de la caza, sorprender en su casa á su muger y á Mr. de Hausfeld ya de noche oscuro, encerrados en un pabellon aislado, y los mata.

¿Quien podia decir que nada habia de culpable en su conversacion!

Nadie...

A pesar de su resolucion, Mr. de Brevannes se estremeció á la vista de Iris.

El momento decisivo habia llegado.

La bohema disimuló su gozo feroz y le dijo con acento de profundo dolor:

—Los he seguido sin ser vista como lo hacia desde su llegada aqui, siguiendo vuestras órdenes. Se hablaban bajo. Sus lábios se tocaban cási... El tenia un brazo rodeado al cuerpo de vuestra muger: y hace un momento han entrado de este modo en el pabellon: entonces he cerrado la puerta... y he venido...

Mr. de Brevannes no respondió nada.

Unicamente se oyò el ruido seco de los dos gatillos de la escopeta que preparó, y sus pasos precipitados que hacian crugir la arena y las hojas secas de que el suelo estaba sembrado.

La noche estaba sombria.

Le fué necesario casi un cuarto de hora para llegar al pabellon.

Debemos decir que este hombre era conducido al asesinato, tanto por furor de sus celos, como por el cálculo atroz é insensato de matar á Mr. de Hansfeld, á fin de casarse luego con su viuda...

Creia á Berta y al príncipe culpables.

En este momento Mr. de Brevannes estaba ébrio de rabia; la sangre hervia en sus arterias.

Despues de un momento de marcha apercibió al estremo de la calle de árboles el débil resplandor que proyectaba el fuego encendido en la chimenea del pabellon al traves de la ventana enrejada de plomo.

Apresuró su paso.

La lluvia y el granizo caian á torrentes.

A medida que se acercaba al pabellon se sentia ora bañado de un sudor frio, ora abrasado por todos los fuegos de la fiebre.

En fin.... llegó, andando á pasos ligeros y con precaucion: acercó la vista á los cristales verdosos.

A la luz espirante del hogar, reconoció la capa blanca con capucha, que llevaba ordinariamente Berta.

Sentada en un divan la jóven muger le volvia la espalda, apoyando sus lábios sobre la frente de un hombre arrodillado á sus pies que le rodeaba el talle con sus brazos.

Por un movimiento mas rápido que el pensamiento, Mr. de Brevannes, entró, apoyó el cañon de su escopeta entre los dos hombros de su victima, y tiró.

Esta, sin dar un gemido, cayó sobre el hombro del que la tenia abrazada.

—Ahora á tí lindo príncipe, y será tiro doble, esclamó Mr. de Brevannes dirigiendo el cañon de su escopeta al cráneo del hombre que procuraba levantarse.

En el momento en que iba á tirar, la puerta de la segunda habitacion del pabellon se habrió violentamente tras de él.

Una persona que no veia, le cogió el brazo, desvió la escopeta y le impidió el cometer un segundo crimen; Mr. de Brevannes se volvió y vió... á Mr. de Hansfeld.

En el mismo instante el hombre que estaba arrodillado á los pies de la muger se levantó, y precipitándose sobre Mr. de Brevannes le gritó:

—¡Asesino!

—¡Mr. de Morville! esclamó Mr. de Brevannes, reconociendo á este último á la luz de las llamas.

—¡Has matado á la señora de Hansfeld asesino! replicó Mr. de Morville.

Mr. de Brevannes retrocedió un paso, conservando su escopeta en la mano; sus cabellos se erizaron de terror. Se preci-

pitó hácia la muger cuyo cuerpo rodara por el suelo, mas cuya cabeza reposaba en el sofá...

Reconoció á Paula.

Apercibiéndose de aquella sangrienta equivocacion que le hacia culpable de un asesinato, que nada podia escusar, encontrando á Mr. de Morville junto á la muger de quien se creia apasionadamente amado, un vértigo furioso se apoderó de Mr. de Brevannes, prorumpió en una carcajada de risa feroz y desapareció.

El príncipe y Mr. de Morville consternados por tan horrible escena, no se opusieron á su huida.

Algunos segundos despues se oyó una detonacion.

Mr. de Brevannes acababa de suicidarse.

XXXXVIII.

Esplicacion.

Nos queda que esplicar la llegada de Mr. de Morville al castillo de Brevannes, y su presencia asi como la de Paula en el pabellon, donde se hallaban Berta y Arnold un cuarto de hora antes.

Mr. de Morville habia sabido por la señora de Launay, su tia, que Paula habia salido repentinamente para Lorena, en medio del invierno, con objeto de ir á pasear algunos dias en la heredad de Mr. de Brevannes.

Mr. de Morville ignoraba completamente que Paula conociera á Mr. de Brevannes. Aquel viaje repentino, tan estraordinariamente en aquella estacion, anunciaha una intimidad muy grande. Ademas se acordaba de algunas palabras, de algunas reticencias de Paula en su última entrevista con ella en el baile de mascara. Se creyó sacrificado, se le figuró ver á Paula infiel, ò mas bien, no pudo hallar ninguna razon plausible que justificase la partida de Paula; su razon le abandonó. Con peligro de comprometer á Paula, por la inverosimilitud del pretesto de su viage, partió para Lorena, decidido á todo precio á hablar con Paula y aclarar el misterio.

Llegó en efecto hácia las cuatro de la tarde, hizo parar su carruage á la portada del parque, que, como ya lo hemos dicho, se hallaba próxima al pabellon y mandó á un criado de la señora de Hansfeld con estas palabras:

«Señora: Mi tia la señora de Launay, bastante inquieta por vuestra brusca ausencia, y deseando vivamente tener noticia vuestra, me ha apostado á que no vendria

á informarme de vos, volviendo inmediatamente á Paris, á fin de calmar sus inquietudes. Si sois bastante buena para interesaros por mi apuesta, dignaos hacerselo saber. No teniendo el honor de conocer á Mr. de Brevannes, y habiendo prometido ni aun bajar de mi carruage, espero vuestra respuesta en la puerta del parque.»

Paula recibió este billete en el momento en que volvia de paseo. Estaba lloviendo. Tomar la primera capa que encontró (fué la de Berta que se hallaba en el vestíbulo), correr al encuentro de Mr. de Morville; tal fué el primer movimiento de Paula.

En medio de sus terribles angustias, queria alejarle á todo precio de un sitio donde podian realizarse tan trágicos sucesos.

Mr. de Morville bajó del carruaje á la vista de Paula, entró en el parque, tomó su brazo y le hizo tiernos cargos por su brusca partida, suplicandola le esplicase tan estraña determinacion.

Temiendo ser visto en el parque, aunque empezaba á oscurecer, Paula condujo á Mr. de Morville hácia el pabellon, donde se ha-

llaban encerrados Berta y Mr. de Hansfeld.

Oyendo abrir la puerta, Berta por un movimiento de terror involuntario se refugió en la segunda pieza del pabellon.

Arnold la siguió y pudo, oyendo la rápida conversacion de Paula y de Mr. de Morville, asegurarse que al menos Paula no olvidava jamás sus deberes.

Mr. de Morville calmado por las mas tiernas protestas de Paula que le suplicaba partiese al instante, acababa de pedirle un solo beso en la frente... cuando Mr. de Brevannes la mató, engañado por la oscuridad, por la capa de Berta, y sobre todo por el convencimiento en que estaba de la presencia de esta en el pabellon.

Al dia siguiente, se halló el chal de Iris flotando en uno de los estanques.

Se acordará el lector que Mr. de Morville habia dicho á Paula que un juramento sagrado le obligaba á huir todas las ocasiones de verla.

Esta era tambien una maquinacion de Iris.

Celosa del mucho cariño de su ama, fué á encontrar á la señora de Morville, le hizo

un horroroso cuadro de los celos crueles y suspicaces del príncipe de Hansfeld, capaz, añadió, de precipitar á Mr. de Morville en una sangrienta asechanza, si por mas largo tiempo se ocupaba de la princesa.

La señora de Morville, asustada de los peligros que corria su hijo, le hizo jurar, sin descubrirle la causa de su terror, no volver á pensar en la señora de Hansfeld à menos que esta se hallase algun dia viuda. Mr. de Morville, aunque este juramento le costase mucho, vió á su madre, á quien adoraba, tan conmovida, tan suplicante, su salud era tan delicada, que sintió que no acceder á sus deseos seria darle un golpe terrible y aun mortal, Cedió... prometió. . . . . .

. . . . . .

Diez y ocho meces despues de estos acontecimientos, Berta Raimond, princesa de Hansfeld, partió con Arnold y el anciano grabador para fijarse en Alemania.

FIN.

4.500

3 tome e 2 vol

- AN
- LUI
- SXIX